CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

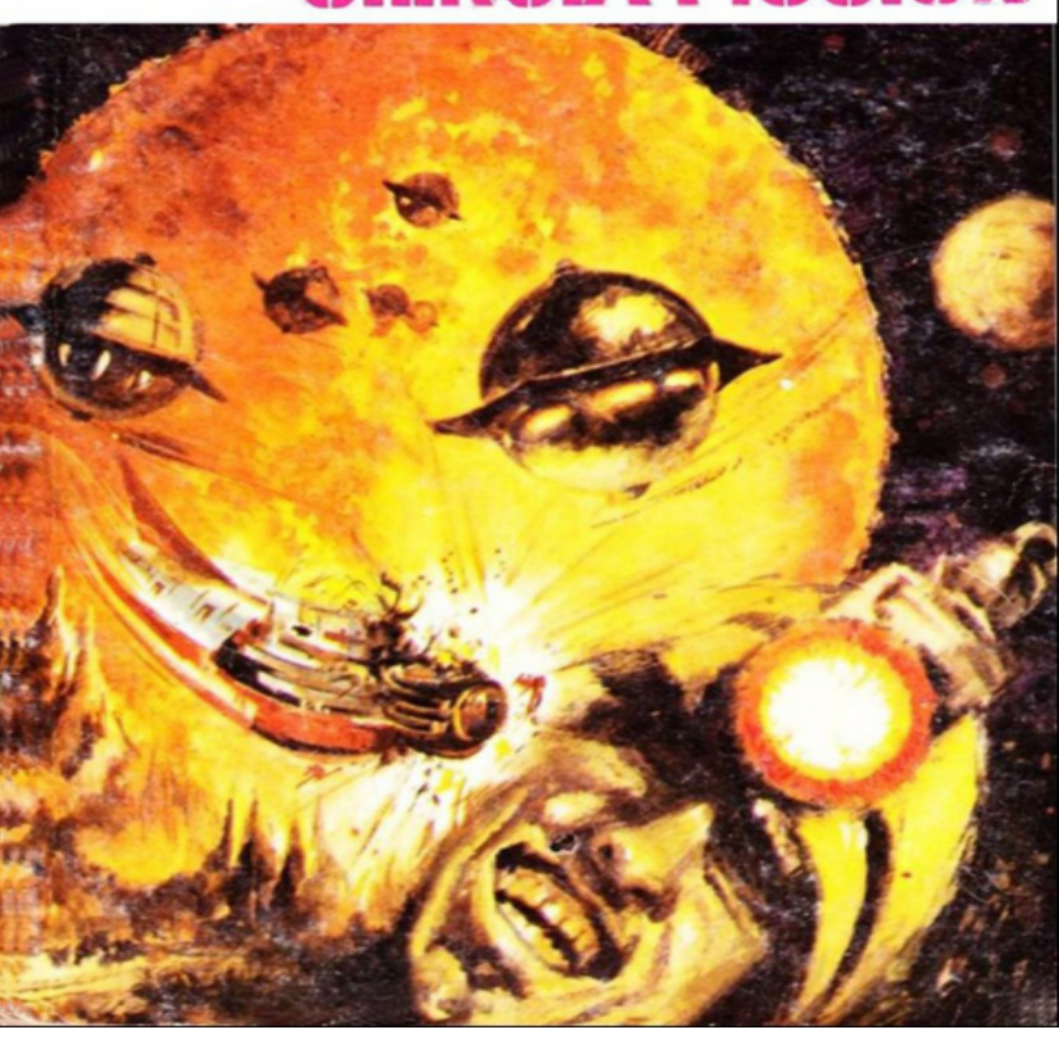
BOLSILIBROS

FUTURO

EL TIRANO DE DOKLO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



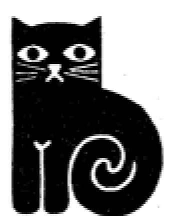
CONQUISTA ESPACIO

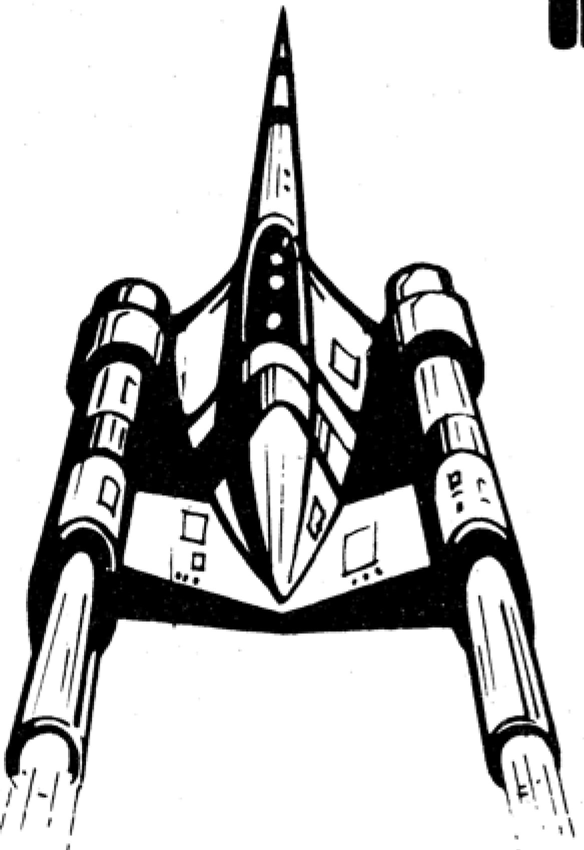


EL TIRANO DE DOKLO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

663 — *Vendedor de planetas*, Clark Carrados.

664 — *El canje.* Ralp Barby.

665 — *En poder de los hombres araña*, Joseph Berna.

666 —*T.E., el terrestre extra*, Frank Caudett.

667 — *¡Frío!,* Glenn Parrish.

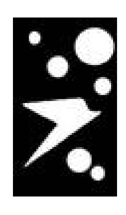
JOSEPH BERNA

EL TIRANO DE DOKLO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 668

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 9.425-1983

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: mayo, 1983

l.ª edición en América: noviembre, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma,

son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Año 2135.

La *Systrom-CX* surcaba el espacio sideral.

Se trataba de una nave más bien pequeña, pero moderna y veloz.

A bordo, sólo tres personas.

Tres hombres.

Tres aventureros.

Se llamaban Gerd Huebner, Bent Larsen y Konstantin Gudonov, de origen germano, sueco y soviético, respectivamente.

El primero tenía veintiocho años, el pelo oscuro y las facciones correctas. Era alto y atlético, y llevaba un mono plateado, brillante, cómodo, ligero. También sus compañeros vestían así.

Bent tenía un año menos que Gerd, el pelo rubio, bastante crecido, los ojos azulados y la cara simpática. Su talla y complexión física eran similares a las del germano.

Konstantin, en cambio, medía casi dos metros de estatura y era extraordinariamente musculoso. Tenía el pelo negro y rizado, las cejas pobladas, la nariz chata y el mentón cuadrado. Sus facciones, aunque rudas, no resultaban en absoluto desagradables.

Y buena prueba de ello es que tenía mucho éxito con las mujeres.

Era un ligón de campeonato.

Gerd y Bent solían decirle que no conquistaba a las mujeres con su cara, sino con sus poderosos músculos, que eran lo que las volvía locas.

—Envidia cochina —respondía el ruso cada vez que oía eso, y se echaba a reír.

Gerd y Bent también reían, porque la verdad es que los tres se llevaban estupendamente. Jamás discutían en serio, aunque lo hacían continuamente en broma, porque los tres tenían un carácter alegre y divertido.

Gracias a ello sus viajes, casi siempre largos, no resultaban

aburridos. Hablaban de las aventuras espaciales que habían vivido juntos, de los peligros que habían corrido, de los planetas que habían visitado, de los seres que habían conocido...

Era mucho lo que tenían para recordar, así que las horas y los días transcurrían con rapidez cuando viajaban en su nave, en busca de nuevas aventuras.

Era su pasión.

Nada les atraía tanto como la posibilidad de vivir nuevas experiencias. Y cada vez que emprendían un viaje se alejaban más de la Tierra que el viaje anterior, sin detenerse a pensar que tal vez no pudieran regresar.

Eran decididos.

Audaces.

Valientes.

Los tres despreciaban el peligro.

Para mucha gente, Gerd, Bent y Konstantin no eran tres aventureros, sino tres locos del espacio, en el que más pronto o más tarde encontrarían la muerte.

Ellos solían responder que si encontraban en alguno de sus viajes la muerte, mala suerte. Era lo que les gustaba a los tres y seguirían viviendo emocionantes aventuras espaciales, sin pensar en el riesgo ni en la muerte.

Así eran Gerd Huebner, Bent Larsen y Konstantin Gudonov.

Este último, que contaba treinta y dos años de edad, se encontraba en su camarote, echado en la litera. Había dormido un par de horas, pero ya se había despertado y estaba pensando en levantarse.

De pronto, la puerta se abrió y el sueco Larsen entró en el camarote, descubriendo que su compañero estaba despierto.

—¿Es que no piensas levantarte, Konstantin...?

—¿Qué prisa tengo? —repuso el soviético, colocándose las manos bajo la cabeza.

—Te estás volviendo muy raro, ¿sabes?

—Es posible.

—Vamos, abandona esa litera ya.

—Cuando deje de pensar en ella.

—¿En quién?

—En Valentina.

—¿Valentina...?

—He soñado con ella, ¿sabes?

—¿Qué es «Valentina», una cabra, una perra o una mula?

—¡Es una mujer! —respondió Gudonov, aparentemente enfadado.

—¿Y qué has hecho con ella, en sueños?

—El amor.

—Vaya.

El ruso sonrió de nuevo.

—Ha sido maravilloso, Bent.

—¿Es guapa la tal Valentina, Konstantin?

—Preciosa.

—¿Y cómo está de formas?

—Sensacional.

—Tendrás que presentármela, cuando regresemos a la Tierra.

—Perderías el tiempo, Bent.

—¿Cómo lo sabes?

—Valentina esté loca por mí.

—Ya será menos.

—Te lo aseguro.

—Cuando me conozca a mí, la estreche en mis brazos y la bese como solamente yo sé hacerlo, se olvidará de ti por completo, Konstantin.

-¡Ja!

—¿Qué te apuestas?

—Nada, porque no pienso presentarte a Valentina.

—Eso demuestra que tienes miedo de que te la birle.

—¿Cuándo me has birlado tú a mí una mujer, pedazo de fanfarrón...?

—Muchas veces. Y tú lo sabes.

—Bueno, en todo caso yo te he birlado más mujeres a ti que tú a mí.

—No es verdad. Sólo me has quitado dos o tres. Y porque se chiflaron por tus músculos.

Gudonov rió, con gesto presuntuoso.

—No sólo por mis músculos, Bent. Y ya sabes a lo que me refiero.

—¡Vete al diablo! —barbotó Larsen, y le dio un golpe en el estómago.

El ruso, al ver descender el puño de su compañero, tensó sus desarrollados músculos abdominales, convirtiéndolos en una especie de poderoso escudo protector.

El sueco emitió un grito y se agarró el puño derecho.

—¿Te has hecho daño, Bent...? —preguntó Gudonov, con burlona expresión.

—¡ Pegarte a ti es como pegarle a una roca, maldito!

Konstantin rió con ganas.

—¡Tú lo has dicho, muchacho!

—Bueno, ¿te levantas o no, hombre de piedra?

—Sí, ahora mismo. Más tarde seguiré pensando en la hermosa y escultural Valentina —respondió el soviético, saltando de la litera.

Se había despojado de las botas y del mono plateado, para dormir más cómodo, y conservaba únicamente el breve slip brillante, lo que le permitía exhibir su impresionante musculatura.

—Te espero en la cabina de mandos, grandullón —dijo Bent.

—De acuerdo.

El rubio salió del camarote, cerrando la puerta.

Konstantin entró en el baño, se lavó la cara, se pasó el peine y luego se vistió, abandonando seguidamente el camarote. Tarareando una alegre canción se dirigió a la cabina de mandos.

Gerd y Bent estaban allí, pero no le vieron entrar, porque ambos se hallaban muy pendientes del planeta que acababa de aparecer en la dirección que la *Systrom-CX* llevaba.

CAPITULO II

Era un planeta relativamente pequeño.

Azulado.

Perfectamente redondo.

Konstantin Gudonov se fijó también en él.

—¿Por qué no me habéis avisado?

—Bent dijo que venías ya hacia aquí —respondió Gerd Huebner, que era quien pilotaba la nave en aquellos momentos.

Ya había reducido la velocidad, activando los retrocohetes.

—Es un planeta hermoso, ¿verdad, Konstantin? —dijo Bent Larsen.

—Sí, me gusta —contestó el ruso.

—¿Estará habitado, Gerd?

—Es probable, porque reúne todas las condiciones necesarias, según los datos facilitados por la computadora.

—Magnífico —se alegró Gudonov—, Tengo ganas de hacer el amor con una bella extraterrestre.

—¿Aunque tenga antenas, en vez de orejas, y la piel verde? —preguntó Larsen.

—A mí el color de la piel me tiene sin cuidado. En cuanto a las antenas, no creo que me molesten. Siempre y cuando no me las meta en los ojos, claro.

Los tres aventureros rieron alegremente, mientras su nave seguía aproximándose al azulado planeta. Los cohetes de frenado seguían restándole velocidad, con el fin de que la *Systrom-CX* pudiera sobrevolar la superficie del pequeño mundo, cuando llegara a él.

Esto sucedía poco después.

Los retrocohetes ya habían dejado de funcionar y la nave terrestre sobrevolaba el desconocido planeta a baja altura y escasa velocidad, lo que permitía a sus tripulantes observar con todo detalle las características de su superficie.

La vegetación era abundante, selvática.

Las montañas, no demasiado altas.

Las playas, muy hermosas.

El agua de sus mares, tranquila y muy azul.

Abundaban, también, los ríos y los lagos.

Gerd, Bent y Konstantin lo observaban todo con mucha atención, pero todavíaˆ no habían podido descubrir el menor signo de vida humana. No se veían casas, ni modernas ni antiguas.

Ni siquiera primitivas cabañas o chozas.

Parecía, pues, que aquel pequeño pero hermoso mundo no estaba habitado por seres inteligentes, lo que defraudó a los tres aventureros terrestres.

El sueco Larsen suspiró y dijo:

—Me temo que no vas a poder ligar con una extra- terrestre, Konstantin.

—Sí, yo también pienso que este planeta está deshabitado —rezongó Gudonov.

—Es pronto para afirmarlo, muchachos —dijo Huebner—. Que no hayamos visto ningún ser humano, no quiere decir que no los haya.

—¿Tú crees? —repuso Bent.

Gerd iba a responder cuando, de pronto, descubrió algo que le hizo respingar en su asiento.

—¡Eh, mirad aquello! —exclamó, apuntando con el brazo hacia unos árboles próximos.

Bent y Konstantin siguieron la dirección que marcaba el brazo de su compañero y respingaron también.

—¡El planeta está habitado! —exclamó el primero.

—¡Y las mujeres no tienen antenas en vez de orejas, ni la piel verde! —añadió el segundo, alegrándose de ello, aunque no de lo que estaba sucediendo debajo de uno de aquellos árboles.

* * *

No era para alegrarse, desde luego, porque dos hombres estaban azotando a una mujer con sendos látigos cortos de varias colas.

La mujer podía pasar perfectamente por una hembra terrestre, ya que tenía la piel blanca, el cabello rubio y una estatura que podía considerarse corriente en una mujer.

Tenía los brazos en alto, las muñecas juntas y atadas con una cuerda que ascendía hasta una de las ramas del árbol. Su túnica, corta y de color azul celeste, yacía a sus pies, lo mismo que su rosado pantaloncito, desgarrado por los hombres que la estaban flagelando.

El de la derecha le descargaba el látigo en la espalda, mientras que el de la izquierda le azotaba el trasero, turnándose rítmicamente en tan desagradable menester.

A ellos, sin embargo, parecía gustarles lo que estaban haciendo, a juzgar por sus expresiones y por la dureza con que manejaban los látigos.

A cada latigazo, la mujer daba un alarido y su cuerpo desnudo, espléndidamente formado, se estremecía de dolor.

Los tipos que la azotaban no eran de raza blanca.

Tenían la piel oscura.

Casi negra.

Y vestían de un modo muy raro.

Parecían guerreros.

Gladiadores romanos, más bien.

Cascos metálicos, petos brillantes, faldas cortas, sandalias, atadas a las piernas con tiras de cueros, espadas, puñales...

Si, no cabía duda que pertenecían a una civilización muy atrasada.

Se adivinaba por su forma de vestir, por sus armas y por su manera de actuar, pues parecían estar castigando a la mujer rubia por algo que ella había hecho.

¿Cuál habría sido su delito...?

A Gerd, Bent y Konstantin no les importaba lo que la mujer hubiera hecho. Sólo sabían que estaba siendo salvajemente azotada por aquel par de soldados negros, y no estaban dispuestos a permitirlo, así que

se apresuraron a acudir en su auxilio.

* * *

Los dos tipos de color, concentrados en su tarea de castigar a la mujer blanca, no habían descubierto la nave terrestre. Tampoco la vieron descender y posarse detrás de una colina cercana.

Ellos sólo tenían ojos para el cuerpo desnudo de la mujer, que tiritaba ya de puro sufrimiento, porque las colas de los látigos habían marcado dolorosamente su espalda y sus redondas nalgas.

Ella, además de aullar cada vez que uno de los látigos mordía sus carnes, sollozaba amargamente y suplicaba a los soldados que interrumpieran el castigo, porque ya no podía más.

Pero los negros tenían el corazón muy duro y seguirían azotándola hasta que se desvaneciera, lo cual lamentarían, porque disfrutaban con el sufrimiento de la desgraciada, con sus alaridos, con los estremecimientos de su cuerpo, con sus espasmos de dolor.

Eran dos tipos sin conciencia, que merecían un castigo ejemplar.

Y estaban a punto de recibirlo, porque Gerd Huebner, Bent Larsen y Konstantin Gudonov ya habían descendido de su nave y corrían hacia allí como flechas.

Los tres se habían puesto sus respectivos cintos, de los que pendían sendas pistolas de rayos láser. No es que pensaran usarlas contra la pareja de guerreros negros, pero podían aparecer más o surgir alguna fiera peligrosa, y entonces sí tendrían que utilizar sus armas.

De momento, usarían sus puños.

Los tres sabían manejarlos de maravilla.

Y cada puñetazo de Konstantin valía por media docena.

Eran auténticas coces de rinoceronte.

—¡Alto, cobardes! —gritó Gerd.

—¡Dejad de azotarla, bastardos! —dijo Bent.

—¡Azotadnos a nosotros, si os atrevéis! —rugió Konstantin.

Al oírlos, los soldados interrumpieron el castigo y se volvieron hacia ellos. No entendían lo que los terrestres decían, claro, pero adivinaron

que venían dispuestos a atacarles y se dispusieron a hacerles frente.

Arrojaron los látigos y empuñaron sus espadas.

Eran cortas y anchas.

Ambas destellaron en el aire.

—¡Ocúpate de la mujer, Bent! —indicó Gerd—, ¡Konstantin y yo nos encargamos de los tipos!

—¡Bien! ¡Pero os echaré una mano, si hace falta! —prometió el rubio.

—¡No será necesario, ya verás! —aseguró Gudonov.

La lucha daba comienzo un par de segundos después.

Uno de los soldados atacó a Gerd con su espada, pero éste esquivó la brillante hoja de acero y descargó su puño sobre el brazo del negro, quien dio un grito y soltó el arma.

Intentó sacar su puñal, pero Gerd le soltó un trallazo y lo tumbó.

Mientras tanto, el otro soldado había tratado de pinchar con su espada a Konstantin. No lo consiguió porque el terrestre burló hábilmente la estocada y luego le estrelló el puño derecho en su negra cara, dejándolo sin casco.

Y sin un par de dientes.

El soldado llevaba el cráneo afeitado.

—¡Jo, qué melón tan brillante! —exclamó el ruso.

El otro guerrero se había levantado ya, pero esta vez no intentó extraer su puñal, sino que embistió como un toro furioso a Gerd.

El terrestre dio un ágil salto y burló la acometida del negro, sobre cuyo cuello descargó el filo de su mano, a modo de hacha.

El soldado rugió y se estrelló contra el suelo, perdiendo también el magnífico casco. Su cráneo estaba tan desprovisto de pelo como el de su compañero.

—¡Al mió también le brilla e melón, Konstantin! —dijo Gerd.

El ruso había pisado el brazo de su rival, para que no pudiera atacarle de nuevo con su espada. Rió las palabras del germano y luego desarmó al soldado, arrancándole la espada de la mano.

El negro extrajo su puñal con la otra mano.

Bent, que se estaba ocupando de la mujer blanca, se dio cuenta y gritó:

—¡Cuidado, Konstantin!

Este aferró el brazo izquierdo del soldado y se lo retorció, arrancándole un terrible aullido. Naturalmente, el negro soltó el puñal.

Konstantin le dio un par de puñetazos y lo dejó sin sentido.

El otro soldado casi lo había perdido, también, como consecuencia del golpe que Gerd le asestara en el cuello, con el canto de la mano, pero aún intentó levantarse.

Gerd le atizó una patada en la cara y lo durmió.

—Les hemos dado su merecido, ¿eh, Konstantin? —dijo, sonriendo.

—¡Desde luego! —exclamó el ruso, muy satisfecho también.

Se volvieron los dos hacia la mujer rubia.

La pobre se había desvanecido y no sabía que había sido liberada por los tres aventureros terrestres.

Bent le había soltado las manos y la había depositado cuidadosamente en el suelo, boca abajo, para evitar el contacto de sus heridas con la tierra.

—Le han dado una buena tanda de latigazos —rezongó el sueco, observando la espalda y las posaderas de la chica.

Era joven.

Veintidós o veintitrés años, a lo sumo.

Y poseía un rostro muy atractivo.

—Deberíamos empuñar los látigos y darles una tanda semejante a este par de cobardes —masculló Konstantin, furioso por el estado de la muchacha rubia.

—Eso no aliviaría a la chica —dijo Gerd—, Además, los tipos han recibido lo suyo. Lo que tenemos que hacer es llevarla a la nave y curar sus heridas.

—Gerd tiene razón —opinó Bent, y se dispuso a cargar con la

muchacha.

—Deja, Bent. Yo la cogeré —dijo Konstantin.

—¿Por qué?

—Me recuerda mucho a Valentina.

—¿Quién es Valentina? —preguntó Gerd.

—Una amiga de Konstantin. Acababa de hacer el amor con ella cuando yo entré en su camarote —respondió Bent.

—¿Qué...?

—¡En sueños, hombre! —aclaró el sueco, riendo.

Gerd y Konstantin rieron también.

Después, el segundo cargó con la muchacha con suma facilidad y echaron a andar los tres hacia la nave, llevando Bent la túnica de la joven.

El rosado pantaloncito, como estaba desgarrado e inservible, no se molestó en recogerlo. Quedó tirado sobre la tierra, como la pareja de soldados negros.

CAPITULO III

No debía de haber más soldados cerca, porque los aventureros terrestres alcanzaron su nave sin tropezarse con ninguno. Subieron a ella, cerraron la puerta y Konstantin Gudonov llevó a la muchacha rubia a su camarote.

Gerd Huebner, antes de seguir al ruso, indicó:

—Tú vigila desde la cabina de mandos, Bent. Y si aparecen más soldados, avísanos en seguida.

—De acuerdo —respondió Larsen, y fue hacia la cabina de mandos.

Konstantin entró en su camarote y depositó a la chica en su litera, boca abajo. Así la había llevado en brazos, sosteniéndola por el pecho y por los muslos, para no lastimarle más la espalda.

Gerd entró tras él, portando la túnica de la mucha cha, que Bent le había entregado antes de dirigirse a la cabina de mandos. La dejó a los pies de la litera y rogó:

—Trae el botiquín, Konstantin.

—En seguida.

Mientras Gudonov regresaba con el botiquín, Huebner retiró el rubio cabello de la chica, descubriendo su bonito rostro. Cuando el ruso volvió, le preguntó:

—¿De verdad se parece a tu amiga Valentina, Konstantin...?

—Mucho.

—Debe ser una conquista reciente, porque no me habías hablado de ella.

—Sí, no hace mucho que la conocí. Pero ya está loca por mí, ¿sabes?

—Qué modesto eres.

—Es la verdad, Gerd.

—¿Loca por ti... o por tus músculos?

—¡Ya estamos otra vez! —barbotó Gudonov, dando una patada en

el suelo.

Huebner rió.

—No te enfades, hombre.

—¿Por qué tenéis que pensar siempre que mis conquistas las hago gracias a mis músculos?

—Bueno, es que con una cara como ésa…

Konstantin levantó el puño.

—¿A que te dejo la tuya más chata que la mía? —amenazó, más en broma que en serio, como siempre que discutía con Gerd o con Bent.

Huebner volvió a reír.

—Está bien, creeré que conquistaste a esa Valentina con tu cara y no con tu poderosa musculatura.

—¡Más te valdrá!

Gerd estaba curando ya las heridas de la chica.

Había empezado por las de la espalda.

—Mejor que esté desvanecida, ¿verdad? —dijo Konstantin.

—Desde luego —asintió Gerd—. La cura le hubiera resultado muy dolorosa.

—Pobre muchacha. ¿Por qué la estarían azotando aquellos tipos?

—Ella nos lo dirá cuando despierte.

—Nos lo dirá, pero no la entenderemos, porque su lengua no es la nuestra.

—Bueno, ya encontrará la manera de explicarse. Y nosotros de entenderla. Lo importante es que la salvamos de la pareja de soldados negros y la tenemos en nuestra nave. Aquí podrá recuperarse.

—Tienes razón.

Gerd siguió curando las heridas de la joven.

* * *

La cura había terminado, pero la muchacha rubia seguía

inconsciente.

Gerd Huebner le cubrió las piernas con la sábana.

No podía cubrirle más porque la sábana se pegaría a las heridas.

—Bien, ahora sólo falta esperar a que despierte —dijo.

—Yo me quedaré con ella, Gerd —repuso Konstantin Gudonov.

—¿Porque se parece a tu amiga Valentina...?

—Sí.

—Eres un zorro, Konstantin.

—¿Prefieres cuidar tú de la chica?

—Si no me fiara de ti, lo haría. Pero como sé que no intentarás aprovecharte de su estado de inconsciencia, dejaré que la cuides tú.

—¿Aprovecharme yo de...? ¿Por quién me has tomado, Gerd?

Huebner rió.

—Acabo de decir que me fío de ti, ¿no?

—¡No estoy muy seguro!

—¿De que lo haya dicho?

—¡De que te fíes!

Gerd rió otra vez y le palmeó la espalda.

—En cuanto la chica despierte, avísame, Konstantin.

—Está bien —gruñó Gudonov.

Gerd salió del camarote y se dirigió a la cabina de mandos.

En ella, Bent Larsen permanecía muy atento a la posible aparición de más soldados.

—¿Alguna novedad, Bent?

—No, todo está tranquilo —respondió el sueco.

—Me alegro.

—¿Cómo está la chica?

—Le hemos curado las heridas, pero continúa desvanecida. Konstantin se ha quedado con ella. Nos avisará cuando vuelva en sí.

—Konstantin se está tomando mucho interés por la muchacha —observó Bent.

—Porque le recuerda a su amiga Valentina —repuso Gerd con ironía.

Rieron los dos.

Después, Bent dijo:

—A esta otra «Valentina», me la voy a ligar yo.

—No creo que Konstantin lo permita —opinó Gerd.

—El ya tiene a la Valentina terrestre. Esta, para mí. Quiera Konstantin o no quiera.

—Allá vosotros.

—¿Es que a ti no te gusta la chica, Gerd?

—Ya lo creo que me gusta.

—¿Y no vas a intentar conquistarla?

—La chica no está para conquistas, Bent.

—Hombre, yo me refiero cuando esté curada. Tal y como se encuentra ahora, ya sé que no…

—¡Mira, Bent! —exclamó Gerd, interrumpiéndole.

El sueco clavó nuevamente sus ojos en el mirador de la cabina de mandos, descubriendo a la pareja de soldados negros.

Eran los mismos que azotaran a la muchacha rubia.

Se habían recuperado de los golpes recibidos, se habían colocado los cascos, y habían salido en busca de la chica y de los hombres que la rescataran.

No iban a pie, sino montados en unos caballos muy raros, puesto que tenían el pelo amarillento, con listas negras transversales.

Parecían cebras terrestres, sólo que un poco más grandes.

Tenían, además, un par de cuernos cortos y rectos en la frente, con

los que sin duda sabrían defenderse magníficamente.

Los dos soldados negros habían aparecido en lo alto de la colina y se habían detenido allí, al descubrir la nave de los aventureros terrestres.

La observaron brevemente, cambiaron unas palabras en su lengua, y desaparecieron.

—Van en busca de los suyos, para informarles de nuestra presencia en su planeta —adivinó Gerd.

—Pertenecen a una civilización muy atrasada, así que nada tenemos que temer de ellos —repuso Bent—, Una pistola de rayos láser vale más que cien espadas y cien puñales juntos.

—De todos modos, no debemos confiarnos.

—¡Sí, lo sé.

Gerd y Bent siguieron vigilando los alrededores de la nave desde la cabina de mandos.

* * *

Konstantin Gudonov se había sentado en una banqueta metálica.

No apartaba los ojos de la muchacha rubia.

De pronto, ella movió ligeramente los labios y dejó escapar un gemido.

—Se está despertando… —murmuró el ruso, alegrándose.

En efecto, la joven estaba volviendo en sí.

No tardó en abrir los ojos.

Vio a Konstantin.

Este, para tranquilizarla, le sonrió con suavidad y le cogió la mano, oprimiéndosela cálidamente.

—No debes temer nada, preciosa. Estás entre amigos.

Konstantin añadió:

—Sé que no entiendes lo que digo, pero no importa. Por la expresión de mi cara puedes adivinar que no pienso hacerte ningún daño. Mis compañeros y yo sólo queremos ayudarte. Te rescatamos, te

trajimos a nuestra nave, y te curamos las heridas que aquellos salvajes te causaron con sus látigos. Les dimos su merecido, ¿sabes?

La muchacha se estremeció, como si estuviera, recordando también aquellos terribles momentos. Y sin duda los recordaba, porque las heridas que tenía en la espalda y en las nalgas no le permitían olvidadlos durante algún tiempo.

—Como no puedes decirme tu nombre, te llamaré Valentina, porque te pareces mucho a una amiga mía que se llama así —dijo Konstantin, acariciándole la rubia cabellera.

La joven movió los labios de nuevo y, en perfecta lengua terrestre, reveló:

—Me llamo Esther.

CAPITULO IV

Konstantin Gudonov no supo disimular su sorpresa.

—¡Hablas mi idioma! —exclamó.

—Sí —respondió la muchacha, esbozando una sonrisa.

—¿Cómo es posible...?

—Soy tan terrestre como tú.

—¿Qué...? —respingó el ruso.

—Nací en el continente americano.

—¿Y cómo diablos llegaste hasta aquí...?

—En una astronave. La **Galaxia-3000**.

—¿Qué pasó?

—Caímos en poder de los hombres de Thong, cuando estábamos explorando el planeta.

—¿Quién es Thong?

—El hombre que manda en Doklo.

—¿Doklo...?

—Así se llama este pequeño y lejano planeta.

—No lo sabía.

—Thong es un ser cruel y sanguinario. Un tirano, que abusa de su poder, martirizando y asesinando sin motivo. Es un demonio de hombre. De la tripulación de la *Galaxia-3000*, sólo quedamos con vida algunas mujeres. Todos los demás, han muerto. Los hombres que no perecieron en la lucha contra los soldados de Thong, fueron torturados y ejecutados por orden de ese hijo de Lucifer. Las mujeres fuimos esclavizadas. Las que ofrecieron resistencia fueron salvajemente castigadas. Sometidas a horribles torturas en las que algunas perecieron. Las que nos resignamos a nuestra suerte continuamos con vida.

—Es espantoso —murmuró Konstantin, estremecido.

—Sí, ésa es la palabra exacta.

—Dijiste que te llamas Esther, ¿no?

—Sí, Esther Ashford.

—Yo me llamo Konstantin; Konstantin Gudonov. Y mis compañeros, Gerd Huebner y Bent Larsen.

—¿Sólo sois tres?

—Sí.

—¿Cómo es eso?

—Nuestra nave es pequeña.

—Aventureros, ¿eh?

—Exacto.

—Entiendo.

—¿Por qué te estaban azotando los dos soldados negros, Esther?

—Huí del palacio de Thong, en un arrebato de desesperación. Estaba harta de tantos abusos, de tantas humillaciones, de ser una esclava de ese demonio negro…

—¿Thong también es de raza negra?

—Sí, pero no sólo su piel es negra. También lo son sus instintos y su corazón. Estar a su servicio, es peor que servir al mismísimo Satanás.

—Continúa, Esther.

—Cuando Thong descubrió que me había escapado, envió a varios de sus hombres en mi busca. Dos de ellos me encontraron y me atraparon, atándome a un árbol. Después, me despojaron de la túnica, me arrancaron el pantaloncito, y comenzaron a azotarme con sus látigos. Debí desvanecerme de dolor, porque no recuerdo nada más. Cuando abrí los ojos, ya me encontraba aquí, echada en esta litera.

—Yo te deposité en ella. Es mi camarote, ¿sabes?

—¿Me curaste tú las heridas, Konstantin?

—No, lo hizo Gerd. Y con mucho cuidado, te lo aseguro.

—No lo dudo —sonrió la joven.

—¿Te duelen, Esther?

—Sí, claro. Pero menos que antes. La cura me ha aliviado mucho.

—Me alegro. Pronto estarás bien, ya verás. Lo que tienes que hacer, es no moverte para nada.

—No me moveré, descuida.

—Bien, voy a avisar a Gerd. El y Bent tienen que saber lo que sucede en... ¿Cómo dijiste que se llama este condenado planeta?

—Doklo.

—Eso. Vuelvo en seguida, preciosa.

—Konstantin...

—¿Qué?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por todo lo que debíamos. La lástima es que no llegáramos unos minutos antes, cuando los tipos todavía no habían empezado a marcarte el cuerpo con sus látigos.

Esther Ashford sonrió.

—¿Es cierto que me parezco a una amiga tuya, llamada Valentina?

—Sí, eres su vivo retrato —asintió Gudonov.

—¿Y es... muy amiga?

—Ya lo creo.

—Entonces, no te molestará que te dé un beso, porque te parecerá que te lo da Valentina.

Konstantin casi da un salto de alegría.

—¿De verdad quieres darme un beso, Esther...?

—Sí.

—¿Por mi cara o por mis músculos?

—¿Qué?

—¡Olvida lo que he dicho! —exclamó el ruso, riendo, y se inclinó sobre la litera, para que la muchacha pudiera besarle.

Esther le besó en los labios, suave y cálidamente.

—Gracias de nuevo, Konstantin.

—A ti, Valentina. ¡Digo Esther!

La joven rió también, a pesar de las heridas.

—Eres un tipo simpático, Konstantin.

—Tú también eres muy simpática, Esther.

—Gracias.

—Volveré en un minuto.

—Aquí estaré, no te preocupes.

—¡Seguro! —volvió a reír Gudonov, y salió del camarote.

* * *

Gerd Huebner y Bent Larsen se quedaron muy sorprendidos al ver entrar a Konstantin Gudonov en la cabina de mandos, cantando y dando saltos de alegría.

—¿Qué diablos te ocurre, Konstantin...? —preguntó el primero.

—¡La tengo en el bote, muchachos!

—¿A quién? —inquirió el sueco Larsen.

—¡A la chica!

—¿Se ha despertado ya...? —preguntó Huebner.

—¡Sí, hace unos minutos! ¡Y me ha dado un beso!

Gerd y Bent cambiaron una mirada.

El primero sonrió y dijo:

—Parece que Konstantin no ha perdido el tiempo, ¿eh, Bent?

El rubio soltó un gruñido.

—¿Cómo es posible que la haya conquistado en solo unos minutos y

sin hablar el mismo idioma que ella…?

—¿Quién ha dicho que no hablamos el mismo idioma? ¡Si la chica es tan terrestre como nosotros! —reveló Gudonov, riendo.

Gerd y Bent se quedaron perplejos.

—¿Qué estás diciendo, Konstantin…? —murmuró el primero.

—¡Se llama Esther y nació en el continente americano!

—¿Y cómo llegó a este lejano mundo…? —preguntó Bert.

Konstantin lo explicó en pocas palabras.

Gerd y Bent quedaron impresionados al conocer la suerte que había corrido la tripulación de la *Galaxia-3000*.

—Ese Thong es un canalla —masculló el sueco.

—Le ajustaremos las cuentas, Bent —aseguró Gerd.

—¿Vamos a plantarle batalla al tirano de Doklo? —preguntó Konstantin, alegrándose.

—Desde luego. Tiene que pagar por todas esas muertes. Además, debemos rescatar a las mujeres terrestres que tiene esclavizadas. No podemos regresar a la Tierra sin ellas. Estáis de acuerdo, ¿verdad?

—Desde luego —respondió Konstantin.

—Yo también, Gerd —dijo Bent.

—Vamos a hablar con Esther. Tenemos que saber más cosas sobre ese demonio negro, antes de ir en su busca. Tú quédate en la cabina, Konstantin —indicó Gerd—. No debemos abandonar la vigilancia.

—¿Por qué no se queda Bent?

—Ya se quedó antes. Ahora te toca a ti.

—Verás, es que le dije a Esther que volvería con ella en seguida…

—Nosotros te disculparemos, no te preocupes —sonrió Gerd, palmeándole la espalda.

—Está bien, me quedaré —gruñó Gudonov.

Bent sonrió también y advirtió:

—Intentaré birlarte a esta otra «Valentina», Konstantin.

—¡Fracasarás!

—Ya veremos.

—¡No lo dejes a solas con ella, Gerd!

—¿Tan peligroso te parece Bent...? —preguntó Huebner.

—¡Es un pajarraco!

—¡Un pajarraco con el pico muy largo y afilado! —aseguró Larsen, riendo.

Huebner rió también.

Después, salieron los dos de la cabina de mandos.

Gudonov rezongó una maldición y, con el puño en alto, gritó:

—¡Fracasarás, Bent, fracasarás!

El sueco no respondió, pero Konstantin siguió oyendo su risa.

Y también la de Gerd.

CAPITULO V

Esther Ashford no había movido un solo músculo de su cuerpo, para evitarse sufrimientos mayores. Sabía, no obstante, que la sábana sólo le cubría las piernas, pero como comprendía que era mejor para ella que la sábana no rozase las heridas de sus posaderas y de su espalda, se había resignado a permanecer así, con el trasero al aire.

En realidad, era lo único que exhibía, puesto que sus pechos aplastados contra la litera, quedaban prácticamente a cubierto. Pero, aunque no hubiera sido así, Esther se habría resignado igualmente, ya que después de las muchas humillaciones y los muchos abusos que había tenido que soportar en el palacio del malvado Thong, permanecer completamente desnuda delante de tres hombres, tan terrestres como ella, que además la habían rescatado de los soldados del tirano y curado cuidadosamente las heridas, no tenía ninguna importancia.

Esther estaba segura de que la respetarían.

Le constaba que eran buenos tíos y sólo querían ayudarla.

Por eso, cuando la puerta se abrió y Gerd Huebner y Bent Larsen penetraron en el camarote, la joven no sintió ningún temor ni tampoco ninguna vergüenza por hallarse totalmente desnuda.

Al fin y al cabo, así la habían rescatado de la pareja de soldados negros que la estaban azotando y así la habían trasladado a su nave, sin ninguna ropa, por lo que todos sus encantos de mujer habían sido ya contemplados por ellos.

—Soy Gerd Huebner —se presentó el germano.

—Y yo, Bent Larsen —hizo lo propio el sueco, exhibiendo su mejor sonrisa, porque lo de conquistar a la segunda «Valentina» iba muy en serio.

Esther Ashford sonrió suavemente.

—Me alegro de conoceros a los dos. Y os doy las gracias por lo que hicisteis por mí. A Konstantin ya se las di. Por cierto, ¿dónde está él?

—Le ordené que se quedara en la cabina de mandos, vigilando —respondió Gerd—. Los dos soldados que te azotaron, y a los que nosotros dejamos inconscientes, volvieron en sí hace un rato y

descubrieron nuestra nave. No se aproximaron, sino que desaparecieron en seguida, montados en una especie de cebras grandes, con cuernos.

Esther pareció asustarse.

—Fueron a avisar a Thong —murmuró.

—Sí, eso pensamos nosotros —dijo Bent.

—Enviará un buen número de soldados hacia aquí, para que os atrapen.

—No lo conseguirán, no temas —aseguró Gerd—. En la nave estamos absolutamente a salvo. No podrán entrar de ninguna de las maneras. Nosotros, en cambio, podemos salir cuando queramos. Disponemos de propulsores individuales.

—¿Por qué no despegáis? —preguntó la joven.

—Queremos ayudar a tus compañeras, Esther —respondió Huebner.

—¿Ayudarlas?

—Si, y darle su merecido a Thong —añadió Larsen.

En los ojos de Esther Ashford hubo un destello de admiración, pero al instante su mirada denotó preocupación.

—Es una locura —murmuró.

—¿Por qué? —preguntó Gerd. —No podréis llegar hasta Thong. Sus hombres os matarán u os capturarán mucho antes.

—¿Con sus espadas y sus puñales? —sonrió Bent, con ironía.

—A pesar de pertenecer a una civilización muy atrasada, los soldados de Thong son muy peligrosos. ¿No os ha contado Konstantin lo que hicieron con la tripulación de la *Galaxia 3000*… ?

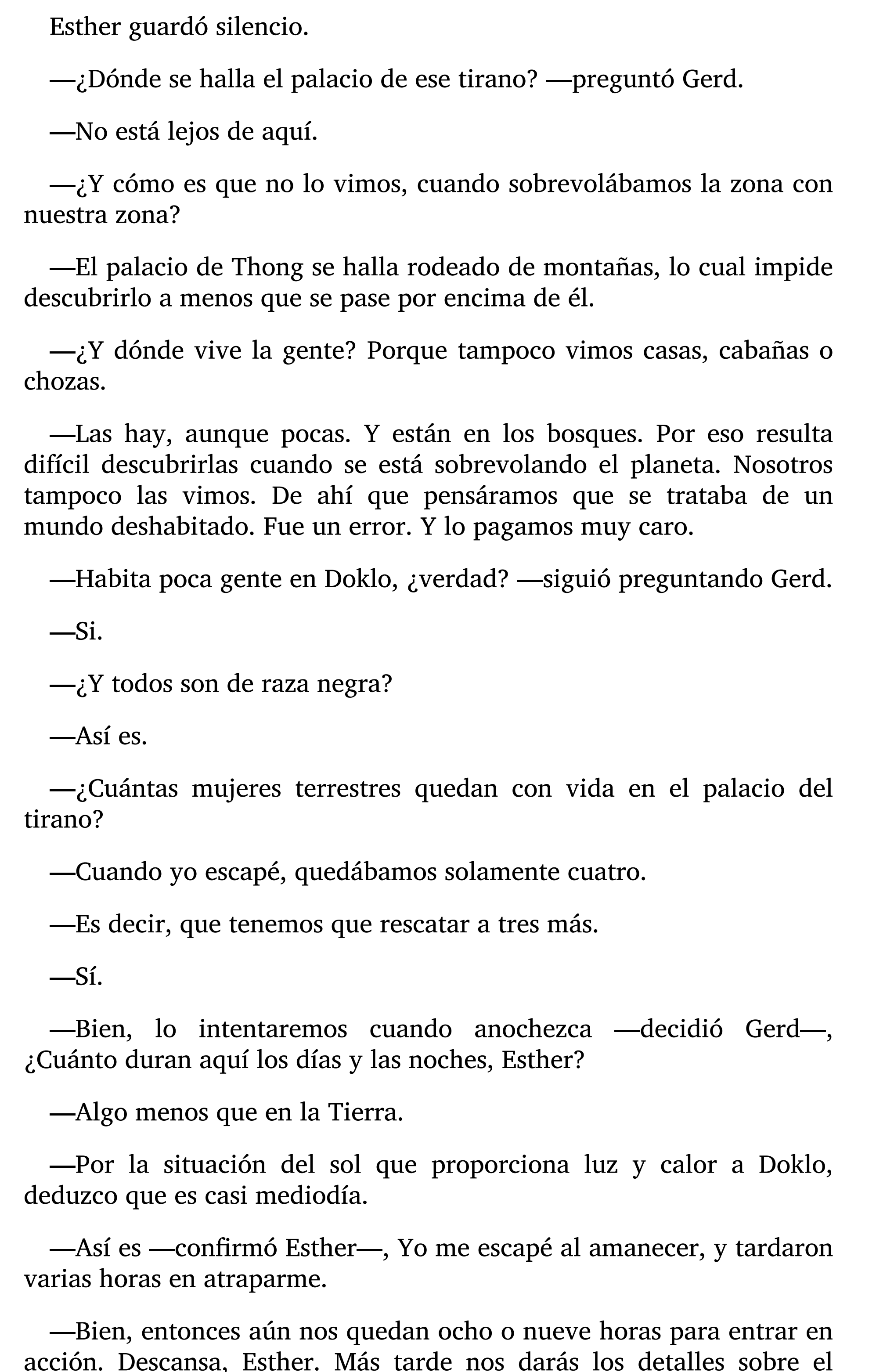
—Si, estamos enterados —asintió Gerd.

—A nosotros no nos pillarán desprevenidos, Esther —aseguró Bent.

—Sólo sois tres —recordó la joven.

—Pero valemos por muchos más —sonrió Gerd—, ¿No es cierto, Bent?

—Seguro.



Esther guardó silencio.

—¿Dónde se halla el palacio de ese tirano? —preguntó Gerd.

—No está lejos de aquí.

—¿Y cómo es que no lo vimos, cuando sobrevolábamos la zona con nuestra zona?

—El palacio de Thong se halla rodeado de montañas, lo cual impide descubrirlo a menos que se pase por encima de él.

—¿Y dónde vive la gente? Porque tampoco vimos casas, cabañas o chozas.

—Las hay, aunque pocas. Y están en los bosques. Por eso resulta difícil descubrirlas cuando se está sobrevolando el planeta. Nosotros tampoco las vimos. De ahí que pensáramos que se trataba de un mundo deshabitado. Fue un error. Y lo pagamos muy caro.

—Habita poca gente en Doklo, ¿verdad? —siguió preguntando Gerd.

—Si.

—¿Y todos son de raza negra?

—Así es.

—¿Cuántas mujeres terrestres quedan con vida en el palacio del tirano?

—Cuando yo escapé, quedábamos solamente cuatro.

—Es decir, que tenemos que rescatar a tres más.

—Sí.

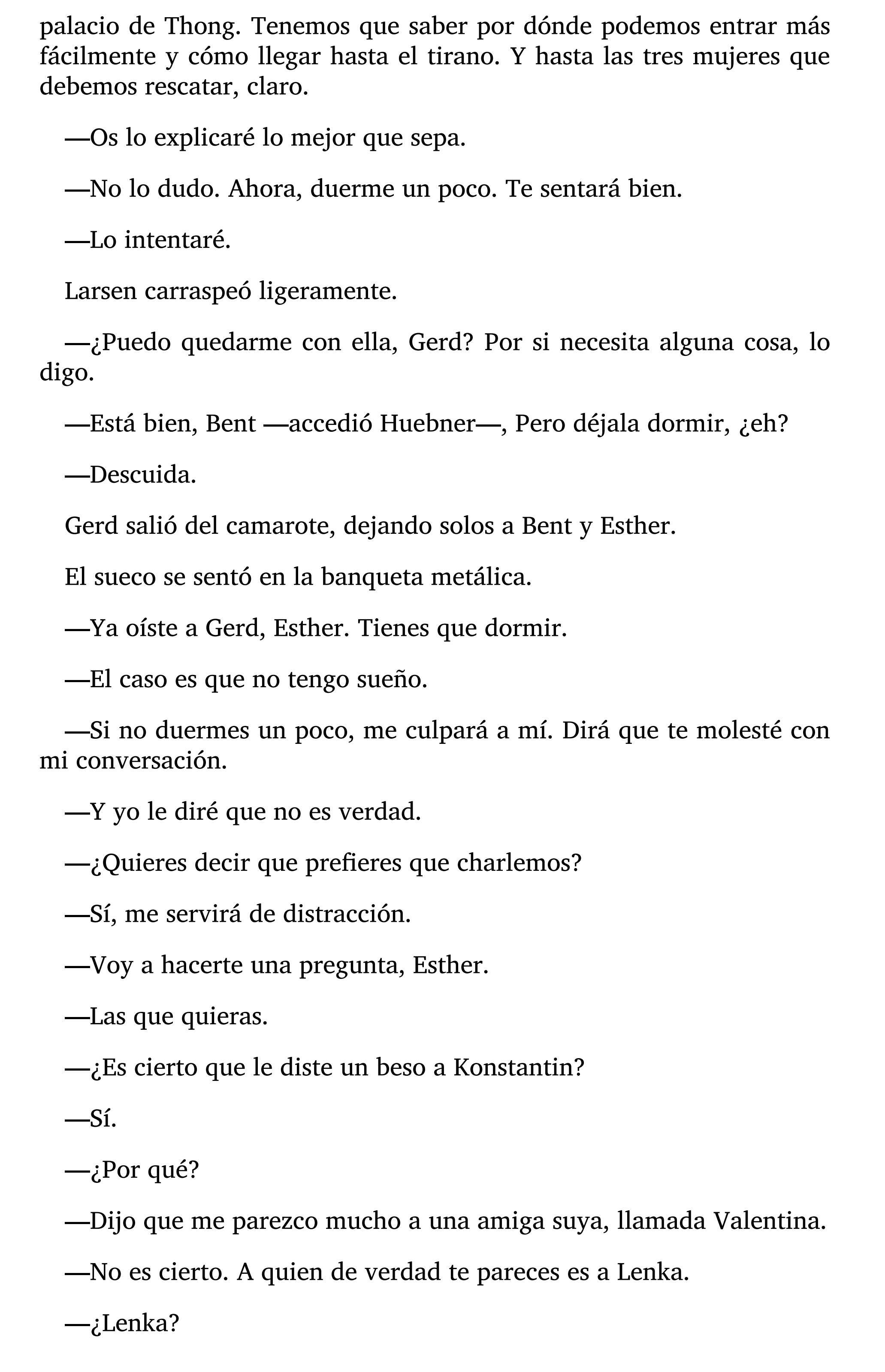
—Bien, lo intentaremos cuando anochezca —decidió Gerd—, ¿Cuánto duran aquí los días y las noches, Esther?

—Algo menos que en la Tierra.

—Por la situación del sol que proporciona luz y calor a Doklo, deduzco que es casi mediodía.

—Así es —confirmó Esther—, Yo me escapé al amanecer, y tardaron varias horas en atraparme.

—Bien, entonces aún nos quedan ocho o nueve horas para entrar en acción. Descansa, Esther. Más tarde nos darás los detalles sobre el


palacio de Thong. Tenemos que saber por dónde podemos entrar más fácilmente y cómo llegar hasta el tirano. Y hasta las tres mujeres que debemos rescatar, claro.

—Os lo explicaré lo mejor que sepa.

—No lo dudo. Ahora, duerme un poco. Te sentará bien.

—Lo intentaré.

Larsen carraspeó ligeramente.

—¿Puedo quedarme con ella, Gerd? Por si necesita alguna cosa, lo digo.

—Está bien, Bent —accedió Huebner—, Pero déjala dormir, ¿eh?

—Descuida.

Gerd salió del camarote, dejando solos a Bent y Esther.

El sueco se sentó en la banqueta metálica.

—Ya oíste a Gerd, Esther. Tienes que dormir.

—El caso es que no tengo sueño.

—Si no duermes un poco, me culpará a mí. Dirá que te molesté con mi conversación.

—Y yo le diré que no es verdad.

—¿Quieres decir que prefieres que charlemos?

—Sí, me servirá de distracción.

—Voy a hacerte una pregunta, Esther.

—Las que quieras.

—¿Es cierto que le diste un beso a Konstantin?

—Sí.

—¿Por qué?

—Dijo que me parezco mucho a una amiga suya, llamada Valentina.

—No es cierto. A quien de verdad te pareces es a Lenka.

—¿Lenka?

—Sí, sois como dos gotas de agua.

—¿Quién es Lenka, otra amiga de Konstantin...?

—Eso quisiera él. Lenka es amiga mía.

—Entonces, el beso debí dártelo a ti, Bent.

—Así es.

—Te lo puedo dar ahora, si quieres.

—Lo estoy deseando.

—Está bien, acércate.

Larsen aproximó su rostro al de la muchacha y éste le besó en los labios, tan suave y cálidamente como besara a Gudonov.

CAPITULO VI

Thong tenía un físico impresionante.

Dos metros largos de estatura.

Músculos superdesarrollados.

Duros como el acero.

Era capaz de partir a una persona en dos con sus propias manos.

Y lo había hecho más de una vez, porque quebrar el espinazo de otro hombre con su fuerza de dinosaurio era una de las cosas que más satisfecho le dejaba.

En aquellos momentos sentía deseos de quebrar no ya un espinazo, sino media docena de espinazos, porque se hallaba terriblemente furioso por la huida de una de las cuatro mujeres blancas que tenía como esclavas en su palacio.

No se explicaba cómo la cautiva había podido burlar la vigilancia de sus soldados y escapar del palacio sin ser vista. Era la primera vez que ello sucedía. De ahí la furia de Thong, pues siempre había pensado que nadie podía escapar de su palacio.

Naturalmente, confiaba en que sus soldados atrapasen de nuevo a la fugitiva y le diesen una buena tanda de latigazos, como primer castigo por haberse escapa do del palacio.

Luego, él personalmente le inflingiría otros castigos, muchos más dolorosos y crueles, aunque sin llegar a causarle la muerte, porque sólo le quedaban cuatro esclavas blancas y no quería perder ninguna más.

Le gustaban más que las mujeres de su raza.

Y eso que en su palacio tenia a las más hermosas y las mejor formadas, pero la piel blanca de las mujeres terrestres le excitaba terriblemente.

Thong se encontraba en sus aposentos, esperando que sus soldados le trajesen a la fugitiva. Estaban tardando ya demasiado, por lo que su cólera crecía más y más.

Al igual que sus hombres, el tirano de Doklo llevaba el cráneo

afeitado y le brillaba poderosamente, como todo su cuerpo, porque se hacía aplicar un aceite especial.

Para moverse con más comodidad, Thong se despojaba del casco y del peto cuando entraba en sus aposentos. También se libraba de la espada, aunque nunca del puñal.

Incluso cuando dormía lo tenía a mano.

Era su arma favorita, y había degollado a muchos hombres con ella.

Thong paseaba arriba y abajo, nerviosamente, con los puños apretados.

De pronto, se escuchó un rugido.

El tirano de Doklo se detuvo un instante y miró a la fiera que acababa de rugir.

—¡Cállate, «Tabo»! —ordenó.

«Tabo» era un león.

Un león enorme.

Y fiero como pocos.

Sin embargo, obedecía a Thong como si fuera el más manso e inofensivo de los gatos. A él jamás lo atacaba, pero si Thong le ordenaba que saltara sobre alguien, «Tabo» lo hacía pedazos en menos de un minuto.

Y a veces, sin que se lo ordenara. Bastaba con que viera a su amo en peligro, para salir en su defensa y devorar a quien fuera.

«Tabo» no salía de los aposentos de Thong, a menos que éste lo llevara con él. Era su más fiel y seguro guardián.

El gigantesco león no volvió a rugir, demostrando una vez más que era obediente con Thong, y éste reanudó su nervioso paseo.

De repente, el tirano se paró junto a un cordón rojo y tiró de él un par de veces, con rabia. Según el número de veces que tiraba del cordón, aparecía una esclava u otra.

Con dos tirones, llamaba a Irina Makarova, una de las compañeras de Esther Ashford.

Irina apareció con prontitud.

Y con el temor reflejado en su rostro, como siempre.

Thong le producía un auténtico terror.

Y «Tabo», también.

Irina Makarova contaba veintitrés años de edad y tenía el cabello cobrizo, los ojos color violeta, y los labios perfectamente dibujados.

Era muy bonita.

Y poseía un cuerpo escultural.

Vestía una breve túnica rosada, tan delgada, que se le vislumbraban los pechos y el pantaloncito que llevaba debajo, de color azul.

Thong clavó sus crueles ojos en la cautiva.

«Tabo», también.

Y rugió de nuevo.

Irina no pudo evitar un estremecimiento.

—¡Dije que te callaras, «Tabo»! —gritó Thong.

El león, que se hallaba en un rincón, guardó nuevamente silencio.

—¡Acércate, esclava! —ordenó Thong, en su lengua.

Una lengua que las cautivas terrestres no hablaban, pero que si entendían en parte, a fuerza de oírla hablar a Thong y a las esclavas negras que éste tenía en su palacio.

Irina avanzó hacia el tirano de Doklo, visiblemente temblorosa, pues sabia que nada bueno le esperaba.

Efectivamente, Thong la agarró del pelo, con fuerza, y la obligó a levantar la cabeza.

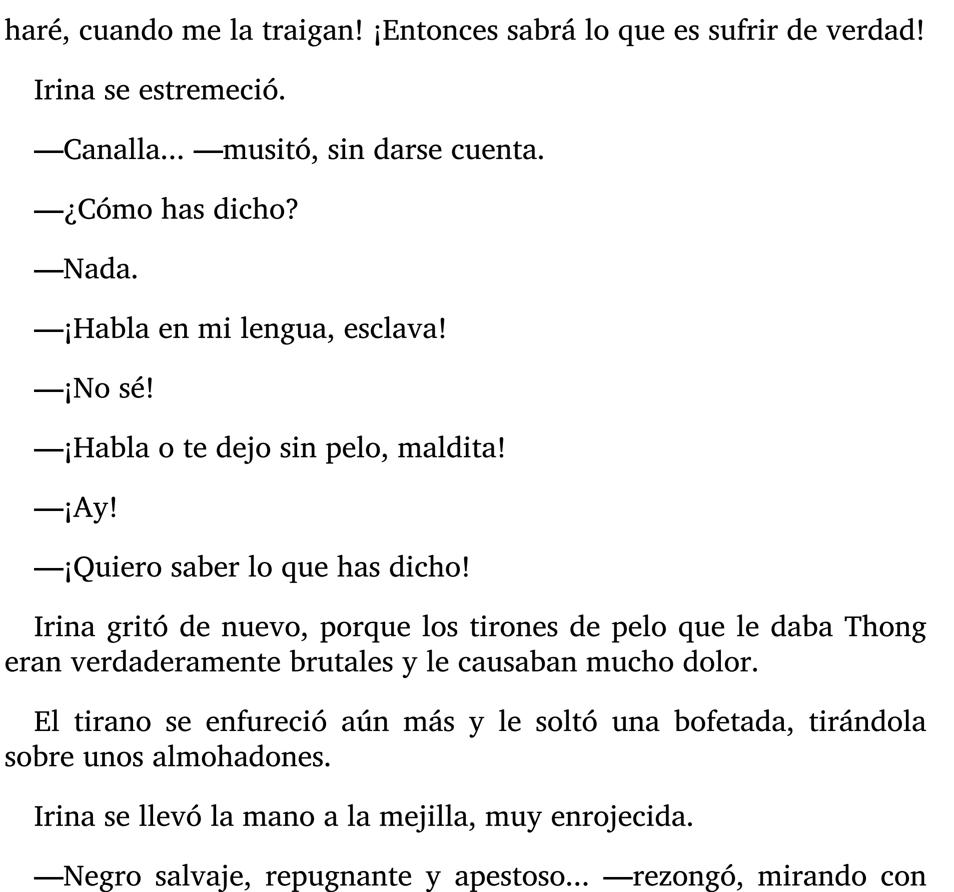
—¡Tu compañera lamentará haber escapado! —rugió el gigante negro.

Los temblores de Irina se acentuaron, pero no dijo nada.

Ni siquiera gritó, aunque tenía muchas ganas de hacerlo.

Thong añadió:

—¡Mis soldados la atraparán de nuevo y la azotarán hasta que se desvanezca de dolor! ¡Y eso no será nada comparado con lo que yo le



haré, cuando me la traigan! ¡Entonces sabrá lo que es sufrir de verdad!

Irina se estremeció.

—Canalla... —musitó, sin darse cuenta.

—¿Cómo has dicho?

—Nada.

—¡Habla en mi lengua, esclava!

—¡No sé!

—¡Habla o te dejo sin pelo, maldita!

—¡Ay!

—¡Quiero saber lo que has dicho!

Irina gritó de nuevo, porque los tirones de pelo que le daba Thong eran verdaderamente brutales y le causaban mucho dolor.

El tirano se enfureció aún más y le soltó una bofetada, tirándola sobre unos almohadones.

Irina se llevó la mano a la mejilla, muy enrojecida.

—Negro salvaje, repugnante y apestoso... —rezongó, mirando con odio al tirano.

Thong se arrojó sobre ella y le aprisionó el cuello con su manaza de hierro, como si deseara estrangularla.

—¿Es que quieres que acabe contigo, perra...? —ladró.

—¡No! —chilló Irina, aterrorizada.

—¡Dilo en mi lengua!

—¡Te repito que no sé!

Thong le apretó más el cuello.

Tanto, que Irina ya no pudo decir nada más.

Ni tampoco gritar.

El aire no llegaba a sus pulmones.

Se ahogaba...

Al verla boquear como un pez fuera del agua, con los ojos extremadamente abiertos y el rostro congestionado, el tirano de Doklo aflojó la presión de su mano y la dejó respirar.

Irina lo hizo muy de prisa, antes de que la mano de aquel demonio negro le apretara de nuevo el gaznate y cortara el paso del aire.

Pero Thong no hizo eso.

Prefirió soltarle la túnica, accionando el cierre que se hallaba ubicado sobre el hombro derecho, y la dejó con los pechos al aire.

—Eres hermosa, condenada —dijo, observándola con deseo.

Luego, ocurrió lo de siempre.

Thong le estrujó los senos, se los besó, se los mordió...

Irina no ofreció resistencia.

Sabía que no podía ofrecerla.

Thong era demasiado fuerte.

Y, por si fuera poco, allí estaba «Tabo», vigilando.

Irina cerró los ojos y se resignó a su suerte, como las otras veces.

Thong ya le estaba acariciando los muslos.

Poco después, le arrancaba el pantaloncito azul.

Irina sufrió una sacudida, como siempre que el tirano la despojaba de su prenda íntima, para acto seguido poseerla.

En todos esos casos, sentía deseos de arrebatarle el puñal y clavárselo en la espalda o en el costado, lo más hondo posible, para acabar con su maldita vida.

Y esta vez no fue una excepción.

Irina sintió enormes deseos de matar a Thong.

¿Se reprimiría, como en las ocasiones anteriores, y se dejaría violar sumisamente...?

Lo más probable, porque Irina sabia que, aunque lograra acabar con el tirano de una feroz puñalada, ella estaría irremisiblemente perdida, ya que «Tabo» la atacaría y la haría pedazos en un santiamén.

Irina no quería morir devorada por un león.

No, no quería verse despedazada por los terroríficos colmillos del gigantesco «Tabo», pero tampoco quería verse forzada de nuevo por el canalla de Thong.

Era la lucha que sostenía siempre consigo misma

¿Matar a Thong y morir devorada por «Tabo»...?

¿Dejarse poseer resignadamente por el tirano?

Las otras veces, pudo más su miedo.

En esta ocasión, sin embargo, Irina sufrió un arrebato de valor y empuñó el puñal de Thong, dispuesta a clavárselo.

«Tabo», que no dejaba de vigilar a la esclava de su amo, se puso en pie de un salto, al tiempo que lanzaba un poderoso rugido para alertar a Thong.

Este consiguió aferrar el brazo de Irina a tiempo.

—¡Perra traidora! —rugió, apretándole la muñeca sin piedad.

Irina chilló.

No quería soltar el puñal, pero no tuvo más remedio que hacerlo, porque el dolor era insufrible.

Thong recuperó su arma y se apartó de la cautiva.

Era lo que «Tabo» estaba esperando, para lanzarse sobre la esclava y dar buena cuenta de ella.

Irina lo vio venir, dando un espantoso rugido, y creyó volverse loca de pánico, pues ya se veía entre las poderosas fauces del león.

Por suerte para ella, Thong gritó:

—¡Detente, «Tabo»!

El león se frenó a menos de un metro de la aterrorizada Irinta y dio otro rugido, enseñando bien sus colmillos.

La muchacha, que había cerrado los ojos para no ver cómo «Tabo» caía sobre ella, los abrió de nuevo.

No se movió.

El terror la tenía paralizada.

Ni siquiera podía chillar ya.

Thong ordenó:

—¡Vuelve a tu sitio, «Tabo»! ¡Yo me encargo de castigar a esta estúpida!

El león retrocedió, aunque sin darse la vuelta.

Thong agarró nuevamente del cabello a la esclava, con su mano izquierda, y luego le puso el puñal en la garganta, como si fuera a degollarla.

Irina deseó que lo hiciera.

Sería una muerte rápida, sin apenas sufrimiento, y era lo mejor que podía esperar, dadas las circunstancias.

—¡No, no creas que voy a matarte, víbora! —relinchó el tirano, despidiendo fuego por los ojos—. ¡Aún tengo que poseerte muchas veces, antes de acabar contigo! ¡Pero voy a hacer que te arrepientas de haber intentado matarme! ¡Sufrirás las mismas torturas que tu compañera, cuando mis soldados me la traigan, y te aseguro que...!

Thong se había interrumpido porque los dos guerreros que capturaran a Esther Ashford acababan de entrar en sus aposentos. Al descubrir que regresaban sin la cautiva, y con señales de golpes en sus caras, bramó:

—¿Qué ha pasado-, estúpidos?

Los soldados le informaron nerviosamente.

Thong montó en cólera.

—¡La teníais en vuestro poder y dejasteis que los extranjeros os la arrebataran, inútiles! ¡Sois un par de imbéciles! ¡No servís para nada! ¡Sólo para saciar el apetito de «Tabo»!

Los dos guerreros temblaron al oír las últimas palabras de Thong, pero no tuvieron tiempo de suplicar clemencia, porque el tirano ya había ordenado a su león que los atacara.

«Tabo» se lanzó sobre la pareja de soldados, rugiendo, y los hizo pedazos en un par de minutos, para horror de Irina Makarova, que no pudo resistirlo y se desmayó.

CAPITULO VII

Cuando vio que Gerd Huebner regresaba solo a la cabina de mandos, Konstantin Gudonov exclamó:

—¿Dónde está Bent…?

—Se ha quedado con Esther.

—¡Te dije que no lo dejaras a solas con ella, Gerd! —No temas, no se la comerá.

—¡Ese pajarraco es muy capaz!

Huebner rió.

—Reconozco que Esther está como para comérsela, Konstantin, pero no en este momento.

—¡Bent no la respetará, a pesar de los latigazos!

—¿La respetaste tú?

—¡Desde luego!

—¿Por qué no va a respetarla él, entonces?

—¡Porque quiere birlármela, ya lo oíste!

—Bueno, tiene el mismo derecho a conquistarla que tú, Konstantin.

—¡Yo la conquisté primero!

—Entonces, nada tienes que temer, porque Bent fracasará.

—No estoy muy seguro —gruñó Gudonov.

—Si no estás seguro, es porque no la tienes muy conquistada, todavía.

—Bueno, es que no dispuse de mucho tiempo… De todos modos, es cierto que Esther me dio un beso. Y me lo dio porque quiso, no porque yo se lo pidiera.

—Eso es importante, Konstantin. Si no le da otro a Bent…

—Si no se lo da, él se lo robará.

Gerd volvió a reír.

—No creo que se atreva, tal y como se encuentra la chica.

—No me fío un pelo de Bent —rezongó el ruso.

—Bien, ¿qué me dices de los soldados negros, Konstantin?

—No he visto ninguno.

—Seguiremos vigilando.

* * *

Un rato después, Bent Larsen entraba en la cabina de mandos, silbando una canción.

—¿Cómo sigue Esther, Bent? —preguntó Gerd Huebner.

—Se ha dormido.

—Le sentará bien.

Konstantin Gudonov frunció el ceño.

—Pareces contento, Bent.

—Lo estoy, Konstantin.

—¿Por qué?

—Dijiste que fracasaría con Esther, ¿no?

—¿Y no ha sido así...?

—Desde luego que no.

—¡Explícate!

—Esther me dio un beso, Konstantin.

— ¡Seguro que se lo robaste!

—Te juro que no.

Gerd Huebner intervino:

—No discutáis, muchachos. Al fin y al cabo, en cuanto yo me lo proponga, Esther será para mí.

—¿Qué...? —exclamó Bent.

—¿Cómo...? —respingó Konstantin.

Gerd rompió a reír, al ver las caras que ponían sus compañeros.

Bent y Konstantin se contagiaron y empezaron a reír también.

Y, mientras los tres aventureros reían, los soldados de Thong rodeaban la nave terrestre procurando no ser descubiertos por sus tripulantes.

* * *

Como pasaban las horas y los hombres de Thong no se dejaban ver, Bent Larsen dijo:

—Es raro que los soldados del tirano no hayan hecho acto de presencia, todavía. Esther dijo que su palacio no está lejos.

—Puede que estén ocultos, esperando que salgamos de la nave para caer sobre nosotros y atraparnos —adivinó Gerd Huebner, mientras escrutaba los alrededores.

Konstantin Gudonov hizo lo mismo.

—Yo no veo a nadie, Gerd.

—Ni yo —dijo Bent.

—Que no los veamos, no quiere decir que no estén. Es muy fácil esconderse en estos parajes, gracias a la abundante vegetación —repuso Huebner.

—¿Y si cambiáramos de lugar? —sugirió Larsen.

—Es una buena idea, ¿no, Gerd? —dijo Gudonov.

—Sí, estoy de acuerdo. Y hasta es posible que les hagamos creer que abandonamos el planeta. Vamos a despegar, muchachos.

Gerd encendió los motores y accionó la palanca de despegue.

La *Systrom-CX* se elevó.

Al ganar altura, los aventureros terrestres pudieron descubrir a algunos de los soldados de Thong.

—¡Mirad! —exclamó Huebner.

—¡Son los hombres del tirano! —dijo Larsen.

—¡Gerd tenía razón! —habló Gudonov—. ¡Estábamos rodeados por ellos y no los veíamos!

—¿Queréis que los hagamos correr un poco, muchachos? —sugirió Huebner.

—¡Excelente idea! —exclamó Bent.

—Ocupaos vosotros de ello.

—¡Con mucho gusto! —respondió Konstantin, haciéndose cargo de uno de los cañones de rayos láser que llevaba acoplados la *Systrom-CX* en su proa.

Bent se hizo cargo del otro.

Segundos después, empezaban a disparar.

Los poderosos rayos láser abrasaron los árboles, los arbustos, y causaron profundos hoyos en la tierra, de los que salía humo.

Los soldados de Thong, aterrados, abandonaron sus escondrijos y echaron a correr como locos.

Bent y Konstantin hubieran podido exterminarlos a todos, pero no era ésa su intención, sino hacerlos correr, tal y como dijera Gerd.

Efectuaron algunos disparos más, para aumentar el pánico de los hombres del tirano, y luego Gerd hizo que la *Systrom-CX* se elevara hacia el cielo, ganando rápidamente velocidad, hasta que desapareció por completo, dando la impresión de que abandonaba Doklo.

* * *

Esther Ashford, desde el camarote de Konstantin Gudonov, se había dado cuenta de que la nave de los aventureros despegaba, lo cual le sorprendió bastante, ya que Gerd Huebner había dicho que no entrarían en acción hasta el anochecer.

Intranquila, la joven esperó a que alguno de los aventureros fuera a verla y le explicara lo que sucediera.

Pocos minutos después, Gerd Huebner entraba en el camarote.

—¿Qué tal, Esther?

—Hemos despegado, ¿verdad, Gerd?

—Sí, hace algunos minutos.

—¿Qué ha pasado?

Huebner se sentó en la banqueta metálica y se lo contó, añadiendo:

—Ahora estamos dando vueltas al planeta, en órbita artificial. Cuando llegue el momento de actuar, descenderemos de nuevo y posaremos la nave cerca de las montañas que ocultan el palacio de Thong. He venido a que me des más detalles sobre él.

La muchacha lo hizo.

Huebner sonrió.

—Me lo has descrito tan bien, que podría moverme por el palacio del tirano con los ojos vendados.

Esther sonrió también.

—Espero que todo salga bien, Gerd.

—Rescataremos a tus compañeras, no lo dudes. Y acabaremos con ese miserable de Thong. Es un mal bicho y no merece vivir, ni en este mundo ni en ningún otro.

—Tienes razón.

—¿Cómo van tus heridas, Esther?

—Cada vez mejor. Lo sé porque el dolor va decreciendo paulatinamente.

—Me alegro mucho.

—Konstantin me dijo que me curaste tú —Sí, yo me ocupé de tus heridas.

—Gracias, Gerd.

—Ya me las distes antes, Esther.

—¿A ti no te recuerdo a nadie?

—¿Cómo?

—Konstantin asegura que me parezco a su amiga Valentina. Y Bent, a su amiga Lenka.

Huebner rió.

—No lo sé, no las conozco a ninguna de las dos. Pero si ellos lo

dicen...

—Creo que mienten, pero no me importa. Los dos son muy simpáticos.

—¿Por eso les diste un beso a cada uno?

—Sí.

—No han parado a discutir desde entonces, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Los dos creen haberte conquistado.

—¿Sólo porque les di un beso...?

—Ellos son así.

—¡Qué tontos! —rió la muchacha.

—Yo, aunque me des un beso, no diré que te he conquistado.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

—Entonces, acércate y te besaré. Tú también eres un tipo simpático, Gerd.

—Y tú una chica preciosa, Esther.

Un par de segundos después, se estaban besando.

CAPITULO VIII

Irina Makarova estaba atada a una de las columnas que sostenían el techo de los aposentos de Thong.

El propio tirano de Doklo la había puesto allí, mientras ella se hallaba desvanecida. Cuando volvió en sí y se encontró sujeta a la columna, completamente desnuda, empezó a temblar, porque sabía lo que le esperaba.

Thong le había dicho que sufriría las mismas torturas que Esther, cuando sus soldados le trajesen a ésta. Pero Esther había sido rescatada por tres hombres, Irina lo oyó decir a la pareja de soldados que minutos después eran devorados por «Tabo», el gigantesco león que tan dócilmente obedecía al tirano.

Irina se alegraba por Esther, a la que apreciaba mucho, aunque en el fondo temía que los soldados de Thong la atraparan de nuevo, lo mismo que a los tres hombres que la habían salvado.

Sabía que Thong había enviado a un buen número de soldados con la misión de capturarlos a los cuatro, y el tirano estaba pendiente de noticias.

Por eso no se ocupaba de ella, aunque de vez en cuando le echaba unas miradas que helaban la sangre. «Tabo» también la miraba con ojos fieros, pues no olvidaba que había intentado matar a su amo.

De pronto, varios soldados penetraron en los aposentos de Thong.

Venían sin Esther.

Y sin los tres hombres que la rescataran.

Irina se alegró, pero Thong tuvo uno de sus habituales ataques de furia cuando los soldados le relataron lo sucedido.

—¡Los extranjeros os descubrieron, estúpidos! ¡Por eso pusieron en marcha su máquina voladora y os enviaron sus poderosos rayos de fuego! ¡No supisteis ocultaros bien!

— ¡Estábamos perfectamente escondidos, Thong! —aseguró uno de los guerreros.

Más le hubiera valido callarse.

Sí, porque Thong lo agarró de la cabeza con su fuerza de titán, lo obligó a bajarla, y entonces disparó la rodilla derecha hacia arriba, estrellándola con terrible dureza en la cara del soldado.

El desgraciado aulló y empezó a sangrar profusamente por la boca y por la nariz, machacadas ambas con poderosa fuerza por parte de la rodilla de Thong.

El tirano, no satisfecho con ello, le propinó un golpe en el cuello, derribándolo. Entonces, le atizó un patadón en las costillas y otro en el rostro, dejándolo inconsciente.

Thong miró al resto de los soldados

Y cómo los miró...

A los soldados les tembló todo, pues pensaban que también ellos iban a sufrir las iras del tirano, e instintivamente retrocedieron.

Thong extrajo su puñal y lo levantó fieramente.

—¡Debería degollaros a todos, por inútiles! ¡O entregaros a «Tabo», para que os despedace!

El león soltó un rugido, como dando a entender que estaba dispuesto a devorarlos si su amo se lo ordenaba.

Los soldados, aterrorizados, clavaron sus ojos en «Tabo».

Irina, que contemplaba la escena con la respiración contenida, pensó que Thong ordenaría a su león que destrozara a los soldados, porque pocas veces lo había visto tan encolerizado.

Pero no.

El tirano enfundó su puñal y rugió:

—¡Fuera de mi vista, imbéciles! ¡Y llevaros a este idiota, antes de que «Tabo» se lo zampe!

Los soldados se apresuraron a cargar con su compañero y abandonaron los aposentos de Thong, antes de que éste cambiara de idea y los liquidara a todos con su puñal o con la ayuda de su león.

El tirano, rabioso, se volvió hacia la esclava blanca que tenía a una de las columnas, como dispuesto a descargar toda su furia en ella.

Eso, al menos, le pareció a Irina, y se sintió desfallecer de pánico.

Thong se le acercó y la agarró del cabello, con la brutalidad que le caracterizaba.

—¿Lo has oído, perra...? —relinchó—. ¡Tu compañera ha sido rescatada, pero tú no tendrás esa suerte! ¡Pagarás por las dos!

Irina cerró los ojos.

Thong la soltó y fue hacia una de las paredes, en la que tenía colgados un tridente y un látigo de siete colas, así como también una maza de hierro con picos, una lanza, un hacha enorme, y un par de escudos.

Irina lo siguió con la mirada.

Vio que el tirano tomaba el látigo y el tridente, y supo que iba a recibir latigazos y pinchazos, para empezar.

Thong regresó y preguntó:

—¿Qué prefieres que utilice contigo, maldita?

Irina no respondió.

Thong le acercó lentamente el tridente al pecho, hasta rozar sus hermosos senos con él.

—No, por favor... —suplicó la muchacha, con un hilo de voz.

—¿Qué dices?

—Mátame, Thong, pero no me tortures.

—¡No te entiendo!

—Ya sé que no.

Thong paseó las afiladas puntas del tridente por los pechos desnudos de su esclava, aunque sin llegar a herirla, porque, por el momento, se conformaba con su terror y angustia.

—Muy pronto la sangre resbalará por tu cuerpo, mujer blanca, mientras tú te retuerces de dolor. Voy a pinchártelo todo, desde el cuello hasta los pies.

Irina notó que se mareaba, sólo de pensarlo.

—No... —musitó.

Thong deslizó su tridente por el estómago de la muchacha, por su

vientre, por sus caderas, por sus muslos...

El arma seguía sin herir.

Sólo acariciaba e! cuerpo estremecido de la joven, acentuando su pánico y su angustia.

Irina fue incapaz de resistirlo y se desvaneció, doblando la cabeza sobre su pecho desnudo.

Thong soltó un taco, porque lo que menos deseaba es que la esclava se le desmayara, pues así no podía haber diversión.

—¡Despierta, estúpida! —barbotó, agarrándola del pelo.

Irina no se enteró.

Thong le soltó el cabello y rezongó:

—Está bien, esperaré. No tengo ninguna prisa.

* * *

En la cara del planeta donde se alzaban las montañas que protegían el palacio de Thong, era ya de noche, por lo que Gerd Huebner decidió que había llegado el momento de actuar.

Sacó la *Systrom-CX* de su órbita artificial y la hizo descender en dirección al palacio del tirano, con las luces apagadas, para que la aproximación de la nave no fuera descubierta por los soldados de Thong que estuvieran de vigilancia.

Poco después, la *Systrom-CX* sobrevolaba las montañas que ocultaban el palacio de Thong. Lo hizo muy despacio y a bastante altura, para no ser vista desde abajo.

Los aventureros terrestres, en cambio, si pudieron ver perfectamente el palacio del tirano, con la ayuda de la cámara telescópica.

—Ahí lo tenemos, muchachos —dijo Bent Larsen.

—Es tal como Esther me lo describió —murmuró Gerd Huebner.

—Es un palacio muy hermoso, no cabe duda —comentó Konstantin Gudonov.

Los aventureros lo observaron un poco más y luego Gerd dirigió la nave a una hondonada que descubrieron cerca de las montañas que rodeaban el palacio de Thong.

La *Systrom-CX* se posó suavemente en la hondonada.

Gerd apagó los motores y se levantó del sillón.

Bent y Konstantin abandonaron también sus asientos, saliendo los tres de la cabina de mandos. Ya se habían despojado de los monos plateados, sustituyéndolos por unos trajes ajustados y resistentes, mucho más apropiados para la misión que debían realizar.

También se habían cambiado las botas.

Al cinto, seguían llevando sendas pistolas de rayos láser, pero antes de salir de la nave cogerían también tres fusiles de rayos infrarrojos.

Los propulsores individuales ya estaban dispuestos.

Bent se había encargado de ello.

Los tres amigos fueron directamente al camarote en donde descansaba Esther Ashford, para despedirse de ella.

—Ha llegado la hora, Esther —dijo Gerd.

—¿Os vais ya? —preguntó la joven, nerviosa.

—Sí, hemos posado la nave cerca de las montañas que rodean el palacio de Thong, después de observarlo desde el aire.

—¿No habrán descubierto la nave los soldados…?

—No, tomamos precauciones —respondió Bent.

—Me asusta quedarme sola —confesó la muchacha.

—En la nave estás segura, Esther. No puede ocurrirte nada —la tranquilizó Konstantin.

—Pero puede ocurriros a vosotros. Y si no regresáis…

—Regresaremos, te lo prometo —sonrió Gerd.

—Y volveremos con tus compañeras —aseguró Bent.

—¿Son tan guapas como tú, Esther? —preguntó Konstantin.

—Mucho más.

—Entonces, se las birlaremos a Thong, puedes estar segura —rió el ruso.

—¿Pensáis conquistarlas a todas…?

Bent y Konstantin se pusieron a toser.

Gerd rió y dijo:

—Por lo menos lo intentarán, Esther. Son dos pájaros de cuenta.

—¡Mira quién habló! —exclamó Bent.

—¡Gerd es mucho más pájaro que nosotros, Esther! —aseguró Konstantin.

—¡Eso es falso! —exclamó Huebner.

—Bueno, pájaros o no, os voy a besar a los tres, para desearos suerte en vuestra arriesgada misión —dijo Esther.

Y los besó.

Poco después, los aventureros terrestres abandonaban la nave.

CAPITULO IX

Volando como pájaros, gracias a los propulsores individuales, Gerd, Bent y Konstantin recorrieron la distancia que les separaba de las montañas que protegían el palacio de Thong y se posaron en la cima de una de ellas.

Desde allí, echaron una ojeada al palacio del tirano.

Disponía de cuatro torres, pero las dos de delante eran más bajas que las dos de detrás. En las cuatro había soldados de guardia. Exactamente tres en cada torre.

—Nos conviene eliminar a los soldados que vigilan desde las torres más altas —dijo Gerd—, Ellos pueden ver lo que sucede en las torres delanteras, pero los soldados que hacen guardia en éstas no pueden ver lo que ocurre en las torres altas.

—Cierto —asintió Bent.

—Debemos atacar simultáneamente las dos torres altas, con el fin de que los soldados que montan guardia en una no tengan tiempo de descubrir lo que sucede en la otra y den la alarma —opinó Konstantin.

—Efectivamente —estuvo de acuerdo Huebner—. Yo atacaré la torre de la derecha. Bent y tú, la de la izquierda. Y recordad que el ataque, además de simultáneo, debe ser centelleante. Hay tres soldados en cada torre, y sólo actuando con mucha rapidez podremos impedir que alguno de ellos dé la alarma.

—Tú lo tendrás más difícil que nosotros, Gerd —observó Larsen.

—Sí, porque tienes que despachar a tres, mientras que Bent y yo tocamos a uno y medio —añadió Gudonov.

Gerd sonrió.

—Soy muy veloz disparando, no os preocupéis.

—Bien, vamos por ellos —suspiró Bent.

—Tú darás la señal para atacar a la vez, ¿no, Gerd?

—Sí, con el fusil. Lo levantaré cuando estemos pegados a las torres. Entonces, ascenderemos con rapidez y dispararemos sobre los soldados. Es mejor atacar de esa manera que situándonos sobre las

torres y disparar desde arriba. Podrían descubrirnos antes de darle al gatillo.

—Tienes razón —respondió Konstantin.

—Suerte, muchachos —deseó Gerd, y puso en funcionamiento su propulsor.

Bent y Konstantin le imitaron.

Después, volaron los tres hacia las torres altas del palacio de Thong.

La oscuridad de la noche les favorecía.

Y también el que el zumbido de los motores de los propulsores fuera suave, apenas perceptible.

Gerd alcanzó la torre de la derecha y se pegó a ella, a sólo un par de metros de su cima. Apuntó hacia arriba con su fusil de rayos infrarrojos, por si asomaba alguno de los soldados.

Pero no.

Los guardianes no le habían visto ni oído, y continuaron tranquilos.

Gerd miró hacia la torre de la izquierda.

Bent y Konstantin la habían alcanzado ya, y tampoco ellos habían sido descubiertos por los soldados que montaban guardia en ella.

Gerd levantó su fusil.

Era la señal acordada para atacar.

Y los tres atacaron.

Simultáneamente, como habían planeado.

Los tres soldados que hacían guardia en la torre de la derecha se quedaron perplejos cuando vieron aparecer a Gerd, volando como si tuviera un par de alas invisibles.

Lo mismo les sucedió a los soldados que vigilaban desde lo alto de la torre de la izquierda, cuando vieron aparecer a Bent y Konstantin.

Los aventureros terrestres se aprovecharon de la perplejidad de los soldados para liquidarlos con sus fusiles, efectuando unos disparos muy rápidos.

Los rayos infrarrojos causaron una muerte instantánea a los

hombres de Thong. Se derrumbaron en el acto, sin emitir grito alguno, porque habían sido alcanzados en pleno rostro y lo tenían literalmente destrozado.

Gerd se posó en la torre que había atacado y desde allí observó las torres delanteras del palacio, asomándose con precaución. Como ya suponía, los soldados que hacían guardia en ellas no se habían enterado de nada.

Bent y Konstantin se hallaban ya en lo alto de la otra torre, observando también a los soldados que vigilaban en las torres bajas.

Gerd accionó su propulsor y se reunió con sus compañeros.

—Todo ha salido bien —dijo.

—Sí, hemos tenido suerte —repuso Bent—, Estamos en el palacio de Thong, y sus hombres no se han enterado.

—Vayamos en busca del tirano —dijo Konstantin—, Estoy deseando tenerlo frente a mí, para hacerle pagar todas sus crueldades.

—Adelante, muchachos —indicó Gerd, despojándose del propulsor.

Bent y Konstantin hicieron lo propio.

Después, empezaron a descender de la torre por una escalera de caracol, con los fusiles de rayos infrarrojos firmemente empuñados.

* * *

Cuando Irina Makarova se recobró, comprobó que ya no se encontraba a solas con Thong en los aposentos de éste. Marlene Derwall y Liv Sommer, las otras dos mujeres terrestres que seguían en el palacio del tirano, estaban también allí.

Thong las había llamado, mientras Irina se hallaba desvanecida.

Había tenido una idea.

Una idea cruel y despiadada, como casi todas las suyas.

Y sólo esperaba que Irina recobrara el conocimiento, para llevarla a la práctica.

Las miradas de Irina y sus compañeras se encontraron.

Marlene y Liv estaban pálidas, asustadas, temblorosas.

No sabían lo que se proponía Thong, pero como ya lo conocían, esperaban lo peor de él, como siempre. Además, el hecho de que Irina estuviera atada a una columna, completamente desnuda, y Thong tuviera un tridente y un látigo en las manos, parecía revelar que el tirano tenía intención de castigar cruelmente a la indefensa Irina.

¿Las habría llamado para eso, para que presenciasen el terrible castigo que pensaba infligirle a la pobre Irina…?

Esta bajó la mirada, porque sentía deseos de llorar.

Marlene y Liv sintieron pena por ella.

La primera era morena y llevaba una túnica verde, tan breve como las que lucieran Esther e Irina. Tan breve… y tan delgada, por lo que también a ella se le vislumbraban los pechos y el sucinto pantaloncito.

Liv tenía el cabello rojizo y llevaba una túnica amarilla, igualmente corta y transparente.

Thong, contento de que Irina hubiera vuelto en sí, se acercó a ella y le obligó a levantar la cabeza, cogiéndola de la barbilla.

—Te desmayaste antes de que empezara a castigarte. ¿Tanto miedo tenías, perra…?

La joven no respondió.

Thong sonrió extrañamente.

—Tranquilízate, esclava. No voy a torturarte.

—¿No? —se alegró Irina.

—He cambiado de idea.

Marlene y Liv cambiaron una mirada, alegrándose también de que el tirano no deseara castigar a Irina.

Pero, entonces, ¿para qué las había llamado…?

Lo supieron en seguida, porque Thong se les acercó y les ofreció el tridente y el látigo, diciendo:

—Seréis vosotras las que castiguéis a vuestra compañera.

CAPITULO X

Marlene Derwall y Liv Sommer no cogieron el látigo ni el tridente.

La sorpresa las había dejado paralizadas a las dos.

Miraron a Irina Makarova.

Esta se hallaba tan sorprendida como ellas.

Y es que a ninguna de las tres se le había ocurrido que el tirano de Doklo pudiera tener una idea tan canallesca.

¡Torturar Marlene y Liv a su propia compañera!

¡No serían capaces de hacerlo!

¿O sí...?

Era lo que Irina se preguntaba.

Y temía que Marlene y Liv obedecieran al malvado Thong, porque, si se negaban, serían ellas las castigadas.

El tirano compuso un gesto lleno de fiereza y rugió:

—¡Coged el látigo y el tridente!

Marlene tomó el látigo de siete colas, con mano temblorosa, y Liv cogió el tridente.

—¡Empezad! —ordenó Thong.

Marlene y Liv se acercaron a su compañera.

Irina se estremeció.

Ya no dudaba de que sus compañeras iban a complacer a Thong, para no ser castigadas por él.

—¡Los latigazos tienen que ser fuertes y los pinchazos del tridente profundos! —exigió el tirano.

Marlene levantó el látigo, como si fuera a descargarlo sobre el cuerpo desnudo de su compañera.

Irina cerró los ojos y apretó los dientes.

El látigo, sin embargo, no cayó sobre ella.

Tampoco el tridente pinchó sus carnes.

Marlene y Liv no se atrevían a lastimar a su compañera.

—¡Obedeced, malditas! —bramó Thong—, ¡Si no la hacéis sufrir a ella, os haré sufrir yo a vosotras!

Marlene, aterrorizada, descargó el látigo sobre los muslos de Irina, aunque lo hizo con tan poca fuerza, que no le produjo señal alguna. Ni siquiera le hizo daño, por lo que su compañera no se quejó.

Liv, por su parte, aplicó el tridente al estómago de Irina, pero entre que ésta lo encogió y ella no fue capaz de empujar con el arma, no le causó ninguna herida, ni siquiera leve, y la sangre no brotó.

Irina, por tanto, tampoco gritó.

Thong, colérico, arrebató el látigo a Marlene y ladró:

—¡Yo te enseñaré a manejar el látigo, perra! ¡Y luego le enseñaré a tu compañera a pinchar con el tridente! ¡Seguro que después sí sois capaces de azotar y pinchar a vuestra amiga!

Marlene chilló al recibir los primeros latigazos y cayó al suelo.

Thong siguió azotándola con furia.

Liv, con el corazón encogido, esperaba su turno.

Ella no sería azotada, sino pinchada por el tridente.

Irina, horrorizada, contemplaba la escena.

Se sentía culpable de los latigazos que estaba recibiendo Marlene, como también se sentiría culpable de las heridas que Thong le causara a Liv con el tridente.

Si ellas hubieran obedecido al tirano, no habrían sido castigadas.

Pero no habían podido.

Y era comprensible.

Irina tampoco hubiera sido capaz de flagelar a Marlene ni de pinchar a Liv con el tridente, a pesar de la amenaza de Thong.

De pronto, ocurrió lo inesperado.

Liv, aparentemente resignada a ser herida por Thong con el tridente, cuando el tirano se cansara de azotar a Marlene, sufrió un ataque de ira y atacó al gigante negro con el tridente, gritando:

—¡Basta, canalla!

«Tabo», muy atento a lo que sucedía, como siempre, rugió al ver en peligro a su amo y se irguió de un salto, lanzándose hacia la pelirroja Liv.

Thong, para esquivar el tridente, no tuvo más remedio que arrojarse al suelo.

Liv, al fallar, perdió el equilibrio y se precipitó de bruces, perdiendo el tridente.

—¡Liv...! —chilló Irina, viendo que el león de Thong iba a caer sobre su compañera.

Y hubiera caído, de no ser porque Thong ordenó:

—¡Quieto, «Tabo»!

El león se detuvo, tan cerca de Liv, que podía rozar le las piernas con sus largas melenas.

La pelirroja se dio la vuelta, pero no se atrevió a levantarse.

Sabía que «Tabo» no se lo permitiría.

Thong se apoderó del tridente y se puso en pie, rabioso.

—¡Atrás, «Tabo»! ¡Yo le ajustaré las cuentas a la esclava!

El león se retiró, obediente.

Thong se inclinó sobre Liv y le arrancó la túnica de un zarpazo.

Luego, hizo lo propio con el breve pantaloncito, dejándola completamente desnuda.

—¡Mira cómo se maneja el tridente, arpía! —dijo, y empezó a pincharle salvajemente el cuerpo.

Liv gritó desgarradoramente, mientras se retorcía de dolor, pero eso no ablandó el duro corazón de Thong, que continuó martirizándola con el tridente.

El hermoso cuerpo de la mujer terrestre empezó a teñirse de rojo, porque la sangre brotaba de las múltiples heridas que tenia en el

pecho, en los brazos, en la espalda, en las nalgas, en los muslos.

Irina, atada a la columna, y Marlene, tirada en el suelo, contemplaban con horror el terrible castigo que el tirano de Doklo estaba infligiendo a la desdichada Liv.

Marlene ni siquiera sentía ya el dolor que le producían los latigazos recibidos, y que habían destrozado literalmente su túnica, porque lo de Liv era mucho peor.

Irina, por su parte, se decía que ella iba a seguir la misma suerte que Liv. Su cuerpo desnudo también recibiría múltiples heridas y se teñiría de rojo, cuando Thong acabase de martirizar a Liv.

Y tendría que hacerlo Marlene, o ella probaría también las dolorosas punzadas del tridente, como había probado la dolorosa mordedura de las siete colas del látigo, por haberse negado a azotarla de verdad.

Liv apenas se movía ya y sus gritos eran sólo gemidos, porque estaba medio muerta. Por eso apenas acusaba los pinchazos del tridente.

Thong se dio cuenta de ello e interrumpió el castigo.

Liv estaba tumbada de lado, pero el tirano la empujó con el pie y la dejó boca arriba.

Ella lo miró con intenso odio.

—Acaba conmigo de una vez, cerdo... —murmuró roncamente.

Thong no la entendió, claro, pero dio la impresión de que si, porque acercó el tridente a su garganta.

—Intentaste matarme, perra —masculló—. ¡Y eso se paga con la vida! —rugió a continuación, al tiempo que empujaba con fuerza el tridente.

Irina y Marlene chillaron a dúo, horrorizadas.

Liv abrió también la boca, pero ella no pudo chillar.

Tenía el tridente clavado en la garganta.

La sangre escapaba a chorros, por la escalofriante herida y por la boca.

El cuerpo de la desgraciada tuvo una contracción, que no fue sino el espasmo causado por la llegada de la muerte, y después quedó rígida,

con las manos crispadas y los ojos desmesuradamente abiertos, aunque ya no podía ver con ellos.

Era sólo un cadáver.

* * *

Gerd Huebner, Bent Larsen y Konstantin Gudonov habían llegado al final de la escalera de caracol sin tropezarse con nadie, pero muy pronto iban a toparse con soldados de Thong.

Con dos, exactamente.

Estaban de guardia en el corredor que había que cruzar necesariamente para salir de la torre o entrar en ella.

Gerd ya contaba con ello, pues Esther Ashford le había advertido que los corredores que conducían a las torres del palacio estaban permanente vigilados.

Por eso, Gerd, Bent y Konstantin se detuvieron al pie de la escalera de caracol, silenciosos, y se asomaron con cautela al corredor.

Los dos soldados se hallaban el uno frente al otro.

Y no estaban cerca de la escalera, sino al final del corredor, lo cual dificultaba un poco la tarea de sorprenderlos. Habría que abatirlos desde allí, y si fallaban los disparos y uno de los soldados, o los dos, lograban huir dando gritos, las cosas se complicarían bastante.

Por ello, Gerd decidió atraer a la pareja de guardianes hacia la escalera de caracol.

—Haz el gato, Bent —pidió, en voz baja.

—¿Cómo? —respingó el sueco.

—Que hagas el gato.

—¿Para qué?

—Necesitamos atraer a los soldados.

—Supón que no hay gatos en este planeta.

—Caramba, no se me había ocurrido. Imita a otro animal, pues.

—¿Cuál?

—Que imite al pajarraco —sugirió Konstantin, con ironía—. Es lo suyo.

—Muy gracioso —rezongó Larsen.

—Vamos, Bent —apremió Gerd.

—Voy a imitar al gato. Y si no los hay en Doklo, mala suerte.

—Esperemos que no te oiga ningún perro —repuso Gudonov, y rió por lo bajo.

Bent le arreó un codazo.

Después, imitó perfectamente el gato.

—¡Miau...! ¡Miau...! ¡Miau...!

—Si tuviera una sardina, te la echaba —dijo Konstantin, burlón.

Se ganó otro codazo.

Luego, Bent siguió haciendo el gato.

Los dos soldados, al oír los falsos maullidos, miraron hacia la escalera de caracol, pero no vieron nada. Extrañados, cambiaron unas palabras entre ellos.

Después, echaron a andar hacia la escalera.

Iban armados con lanzas.

Y las llevaban por delante, prestos a ensartar a quien fuera.

O a lo que fuera.

La desconfiada actitud de los guardianes hizo rezongar a Gerd:

—Me parece que no hay gatos en Doklo.

—Tenía que haber hecho el pajarraco —insistió Konstantin—. Era más seguro.

—El pajarraco que lo haga tu abuela —replicó el sueco, entre dientes y en tono bajo.

—Sigue haciendo el gato, Bent —pidió Gerd—, Al fin y al cabo, ha dado resultado, puesto que los soldados vienen hacia aquí.

—Está bien —rezongó Larsen, y dio algunos maullidos más.

Gerd y Konstantin no hablaron ya, porque los guardianes estaban muy cerca. A una señal del primero, saltaron los dos hacia adelante, con los fusiles prestos.

Los soldados respingaron, al verlos surgir, pero inmediatamente los atacaron con sus lanzas.

Gerd desvió la lanza del que le había tocado en suerte, utilizando la culata de su fusil, y el guardián se precipitó contra el suelo al fallar su ataque.

Konstantin burló también el lanzazo del otro soldado, saltando de lado, y el tipo fue a estrellarse de bruces contra el pie de la escalera de caracol.

—¡Es tuyo, gatito! —dijo el ruso, con guasa.

—¡Tu padre! —barbotó Bent, pero disparó sobre el soldado, liquidándolo.

Gerd disparó también sobre el otro guardián, antes de que se incorporara.

—Podemos continuar, muchachos —dijo, y avanzó por el corredor, seguido de Bent y Konstantin.

CAPITULO XI

Thong desclavó el tridente.

Lo hizo con brusquedad, porque en el fondo lamentaba haber perdido a una de las tres esclavas blancas que le quedaban. No era su intención matarla, pero no había sabido controlarse.

Ella había intentado matarle con el tridente.

Y era la segunda vez, en un mismo día, que una de sus esclavas intentaba acabar con él. A ello había que añadir, además, la fuga de otra esclava blanca.

Demasiado.

De ahí que la furia del tirano de Doklo fuera más incontrolable que otras veces. Lentamente, se volvió hacia las dos esclavas blancas que le quedaban.

Irina Makarova había apartado su mirada del ensangrentado cuerpo de Liv Sommer, porque la imagen era demasiado horrorosa. Tampoco Marlene Derwall podía mirar a su infortunada compañera.

Thong recogió el látigo del suelo.

Marlene tembló, pues pensó que iba a recibir otra serie de dolorosos latigazos, pero se equivocó, porque el tirano le tendió el látigo y dijo:

—Vas a azotar a tu compañera. Y lo vas a hacer con todas tus fuerzas, porque de lo contrario te pincharé con el tridente y luego te lo clavaré en la garganta, como a tu otra compañera. ¿Lo has entendido, esclava...?

Marlene asintió con la cabeza y cogió el látigo.

—¡En pie! —ordenó Thong.

La morena se irguió con dificultad, a causa de los latigazos recibidos. Su seno izquierdo estaba totalmente visible, debido a los desgarros de la delgada túnica, y aparecía marcado por el látigo.

—Lo siento, Irina, pero tengo que azotarte. Si no lo hago, Thong me matará, ya lo has oído —murmuró.

Su compañera forzó una sonrisa.

—No te preocupes, Marlene. Lo mismo da que me azotes tú o que lo haga el canalla de Thong. Yo también intenté matarle, ¿sabes?

—¿De veras?

—Sí, con su propio puñal. Por eso quiere castigarme. Y puede que luego me mate, como a Liv.

—Dios mío...

—Me hará un favor, te lo aseguro. La muerte será un alivio para mí. No puedo seguir soportando tanto horror.

—Ni yo.

Thong soltó un rugido y apremió:

—¡Empieza a manejar el látigo, maldita!

Marlene hizo de tripas corazón y levantó el látigo, para descargarlo sobre el cuerpo desnudo de Irina.

* * *

Gerd Huebner, gracias a la información de Esther Ashford, sabía dónde se hallaban exactamente los aposentos de Thong. Y hacia allí se dirigía, flanqueado por Bent Larsen y Konstantin Gudonov.

La entrada, naturalmente, estaba custodiada por un par de soldados, que eran relevados cada cuatro horas, de manera que los aposentos del tirano de Doklo no quedaban nunca sin vigilancia.

Gerd lo sabía, así que él y sus compañeros se dispusieron a eliminar a la pareja de soldados que custodiaban los aposentos de Thong.

A una indicación del germano, se dejaron ver los tres y dispararon sobre los dos guardianes.

Los soldados se derrumbaron, con la cara destrozada por los rayos infrarrojos.

Gerd, Bent y Konstantin corrieron hacia allí.

El primero abrió silenciosamente la puerta y asomó la cabeza, echando una rápida ojeada a los aposentos del tirano.

No vio a nadie, pero oyó voces femeninas.

Gerd no podía entender lo que decían, aunque estaba seguro de que

eran mujeres terrestres, por lo que dedujo que se trataba de las compañeras de Esther que Thong tenía esclavizadas.

Empujó un poco más la puerta y entró en los aposentos del tirano, seguido de Bent y Konstantin. Cerraron la puerta y avanzaron los tres cautelosamente hacia el interior de las habitaciones de Thong.

De pronto, oyeron gritar a alguien que tenía un vozarrón impresionante. No entendieron lo que decía, porque hablaba una lengua desconocida, pero adivinaron que se trataba de Thong.

En efecto, era la voz del tirano, ordenando a Marlene que empezara a azotar a Irina. '

Y, justo cuando la morena levantaba el látigo de siete colas, los aventureros terrestres penetraban en la estancia.

El primero en descubrirlos fue «Tabo».

El león lanzó uno de sus escalofriantes rugidos y atacó a los terrestres.

* * *

Irina Makarova, por hallarse cara a la entrada de la estancia, descubrió a los aventureros terrestres casi al mismo tiempo que el león.

—¡Marlene! —exclamó, esperanzada, porque había visto a Gerd, Bent y Konstantin que empuñaban fusiles de rayos, amén de llevar sendas pistolas al cinto, y con unas armas tan poderosas tenían muchas posibilidades de rescatarlas a ella y a su compañera.

Marlene Derwall se volvió, todavía con el látigo en alto, y también ella sintió renacer sus esperanzas de salvación, a pesar de que «Tabo» corría ya hacia los terrestres, dispuesto a hacerlos pedazos con sus colmillos y sus garras.

Thong, que no se explicaba cómo los extranjeros habían podido llegar hasta sus mismísimos aposentos, sufrió un ataque de cólera y ladró:

—¡Acaba con ellos, «Tabo»!

Gerd, Bent y Konstantin, que no habían visto jamás un león tan enorme, sintieron que se les erizaba el vello, lo cual, afortunadamente, no les impidió reaccionar con rapidez.

—¡Cuidado, muchachos! —gritó Gerd, al tiempo que disparaba sobre la colosal fiera.

Bent y Konstantin dispararon también.

El rayo infrarrojo enviado por Gerd, alcanzó la cabezota del león, mientras que los enviados por Bent y Konstantin le abrasaron el cuerpo.

«Tabo» rugió, pero las heridas y el dolor no frenaron su impulso, y los aventureros terrestres tuvieron que arrojarse al suelo, única manera de esquivar el furioso ataque de la fiera.

Desde el suelo, Gerd, Bent y Konstantin hicieron funcionar de nuevo sus fusiles, para rematar al león.

«Tabo» volvió a rugir, mientras se retorcía de dolor, porque sus heridas eran espantosas. Todo su cuerpo, desde la cabeza hasta la cola, había quedado abrasado por los rayos infrarrojos.

Un león normal, hubiera muerto ya.

Pero «Tabo» distaba mucho de ser un león normal.

Su fuerza y su resistencia eran acordes con su tamaño, y aún pudo reunir energías suficientes para continuar la lucha, saltando sobre Bent.

El sueco hizo girar velozmente su cuerpo por el suelo, consiguiendo escapar de las fauces y las garras de «Tabo», que, aunque moribundo ya, lo hubiera destrozado en sólo unos segundos.

Gerd y Konstantin volvieron a disparar sobre el gigantesco león.

Y, esta vez, si consiguieron rematarle.

«Tabo» emitió un angustioso rugido y se desplomó, quedando con las fauces abiertas y las patas muy rígidas.

El más fiel y seguro guardián de Thong acababa de morir.

CAPITULO XII

El tirano de Doklo, enloquecido de furia por la muerte de su león, levantó el tridente con intención de arrojárselo a Gerd Huebner y clavárselo en el pecho.

Marlene Derwall lo vio y no dudó en descargar el látigo sobre la negra cara del tirano.

—¡Quieto, miserable!

Thong aulló de dolor y dejó caer el tridente, llevándose las manos al rostro, marcado por las colas del látigo.

—¡Atízale duro, Marlene! —gritó Irina Makarova.

La morena descargó de nuevo el látigo, esta vez sobre el amplio y musculoso tórax del tirano.

¡Y con qué fuerza lo manejaba!

Thong aulló por segunda vez.

—¡Perra asquerosa! —relinchó, intentando arrebatarle el látigo, pero Marlene volvió a marcarle el rostro con él.

—¡Atrás, puerco!

El tirano bramó de dolor y retrocedió, cubriéndose la cara.

Marlene todavía le dio varios latigazos más.

—¡Esto es por todo lo que nos has hecho sufrir, canalla!

Gerd, Bent y Konstantin ya se habían puesto en pie y apuntaban con sus fusiles a Thong. Ninguno de los tres le pidió a Marlene que dejara de azotar al tirano.

Y es que ya habían visto a Liv Sommer tendida en el suelo, sin ropa y con el cuerpo cubierto de heridas y de sangre, muerta...

También habían visto a Irina atada a una columna, igualmente desnuda, esperando la tortura y tal vez la muerte.

Y, por último, habían visto que Marlene tenía la túnica destrozada y marcas de latigazos en los muslos, en el pecho, en los brazos, y en la espalda.

Intuían que todo ello había sido obra del malvado Thong, y estimaban muy justo el castigo que Marlene le estaba aplicando. Incluso les parecía demasiado suave, teniendo en cuenta las monstruosidades que el tirano de Doklo había cometido con los miembros de la tripulación de la *Galaxia 3000*.

Thong debía pagarlo con la muerte.

Y ellos se encargarían de liquidarlo, antes de abandonar su palacio.

Lo primero, sin embargo, era liberar a la muchacha que permanecía atada a la columna, sin ninguna ropa, y dejar que se pusiera su túnica, que yacía sobre los almohadones, lo mismo que su pantaloncito.

—Vigila tú a Thong, Konstantin —indicó Gerd.

—Bien.

—Bent, tú vigila la entrada.

—De acuerdo.

—Yo soltaré a la chica —dijo Gerd, y fue hacia la columna.

Empezó a desatar a la muchacha.

—Me llamo Gerd.

—Yo, Irina.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Fueron Liv y Marlene las que sufrieron las iras de Thong. Liv está muerta.

—Ya lo hemos visto.

—La mató Thong, con su tridente.

—Pagará por ello. Y por todo lo demás. Esther nos explicó lo ruin y sanguinario que es ese maldito negro.

—¿Está con vosotros? —preguntó Irina.

—Sí, en nuestra nave.

—¿Cómo se encuentra?

—Recibió numerosos latigazos, pero le curamos las heridas y pronto estará bien.

—Cuánto me alegro. Si los soldados de Thong la hubieran traído a palacio, el tirano la habría torturado horriblemente y luego le habría dado muerte.

—Por fortuna, pudimos impedirlo. La pena es que no hayamos llegado a tiempo de evitar la muerte de Liv.

—Intentó clavarle el tridente a Thong, pero falló. Por eso la mató —explicó Irina.

—¿Por qué te había atado a ti a esta columna?

—También intenté acabar con Thong. Pero fracasé, lo mismo que Liv, y el tirano iba a torturarme.

—Ya no podrá hacerlo, no temas. Mis compañeros y yo os sacaremos a Marlene y a ti de aquí.

—Gracias.

Como ya había acabado de desatarla, Gerd carraspeó y sugirió:

—Será mejor que te vistas, Irina. Eres demasiado hermosa y tu desnudez puede distraernos.

—No me lo perdonaría nunca —sonrió la joven, y fue por su túnica y su pantaloncito.

Mientras se vestía, Gerd se acercó a Marlene, que había dejado de azotar a Thong.

—¿Te encuentras bien, Marlene?

—Jamás me he sentido mejor.

—¿A pesar de los latigazos...?

—Los que le he dado al canalla de Thong han hecho que me olvide por completo de los que él me dio a mí. ¡Con qué ganas he descargado el látigo! —confesó la morena.

Gerd sonrió.

—Lo comprendo, Marlene.

Konstantin se aproximó.

—Quiero ocuparme personalmente de Thong, Gerd.

—¿Deseas luchar con él?

—Sí.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Marlene, respingando.

—¿Por qué, preciosa?

—¡Thong posee la fuerza de un elefante!

—Yo también, no te preocupes.

Irina se acercó, exclamando:

—¡No seas loco, Konstantin! ¡No debes pelear con Thong, es una bestia!

El ruso sonrió.

—A mí nadie me gana a bestia, cuando me lo propongo. Que lo diga Gerd.

—Es cierto —corroboró Huebner—, Thong parece poseer la fortaleza de un rinoceronte, pero yo apuesto por Konstantin. Le he visto pelear, y puedo aseguraros que no tiene rival.

—Así es, preciosas —dijo Gudonov, sacando el pecho presuntuosamente—. No tenéis, pues, nada que temer. Le daré una soberana paliza a Thong.

—Yo también apuesto por ti, Konstantin —dijo Bent, desde su posición.

—Gracias, muchacho —respondió el ruso, levantando la mano.

Después, le entregó su fusil a Irina.

—Tenme esto, guapa.

—Thong lleva un puñal, Konstantin —advirtió Irina.

—Ya lo he visto.

—Ordénale que lo tire, o lo usará durante la pelea —aseguró Marlene.

—Hazlo, Konstantin —indicó Gerd.

—Está bien —respondió el ruso, y fue hacia el tirano.

Thong estaba quieto.

No había intentado nada porque temía que los terrestres lo

liquidaran con sus poderosos fusiles, lo mismo que habían liquidado a «Tabo».

Al ver que Konstantin entregaba su fusil a una de las chicas y venía hacia él, sin nada en las manos, el gigante negro adivinó que el no menos gigante blanco quería medir sus fuerzas con él.

Y se alegró.

¡Iba a tener la oportunidad de partirle el espinazo!

Pero, antes, lo machacaría a golpes.

Konstantin se detuvo a un metro escaso del tirano y ordenó:

—Arroja ese puñal, Thong.

Como lo dijo señalando el arma, el negro extendió y extrajo el puñal, tirándolo al suelo. No podía utilizarlo, hallándose encañonado por los fusiles de los otros dos varones terrestres.

Y, por si fuera poco, Irina le apuntaba también con el fusil de Konstantin.

—Bien, ya podemos empezar —dijo el ruso, y atacó a Thong, propinándole un puñetazo en la cara.

El tirano cayó al suelo, pero eso, lejos de perjudicarle, le benefició, porque le permitió disparar una pierna y golpear las de su rival, al que derribó.

Thong lanzó un rugido de júbilo y se arrojó como una fiera sobre el terrestre, con las manos por delante, buscándole el cuello. Si lograba aprisionárselo, tenía la pelea ganada.

Eso pensaba él, claro.

Pero se equivocó.

Logró atenazar el gaznate del ruso, desde luego, pero éste le asestó sendos hachazos en los costados, con los cantos de sus manos, y le arrancó un aullido ensordecedor.

Las manazas de Thong perdieron inmediatamente fuerza, lo que permitió a Konstantin arrancarlas de su cuello y atizarle un tremendo puñetazo al negro.

Thong cayó de espaldas.

Konstantin se puso en pie con rapidez.

Thong disparó de nuevo la pierna, pero esta vez no sorprendió a su contrincante, quien saltó, haciendo pasar la pierna del tirano por debajo de sus pies.

Al fallar el golpe, el negro quedó momentáneamente boca abajo, circunstancia que aprovechó Konstantin para atizarle un puntapié en todo el trasero.

Era un golpe humillante, tanto en la Tierra como en Doklo, y Thong rugió más de ira que de dolor.

Gerd y Bent, en cambio, rieron.

También Irina y Marlene se alegraron.

—¡Duro con él, Konstantin! —exclamó la primera.

—¡Machácale su negro trasero! —dijo la segunda.

El ruso, para complacerlas, disparó de nuevo el pie, pero Thong se revolvió como una centella y se lo atrapó con sus manazas, haciéndole perder el equilibrio.

Konstantin cayó de bruces.

Y, apenas un segundo después, tenia sobre su espalda al tirano.

Una espalda que Thong estaba dispuesto a quebrar.

CAPITULO XIII

Irina y Marlene se asustaron.

Ellas conocían la afición que Thong sentía por partir espinazos.

Y la facilidad con que los quebraba.

Gerd y Bent se preocuparon también.

Konstantin se hallaba en una situación difícil, de la que luchaba por escapar, sin conseguirlo.

Thong lo tenía perfectamente cogido.

Le había pasado el brazo derecho por debajo de la barbilla y tiraba con fuerza hacia arriba, pero la espalda del ruso no podía subir, porque la rodilla del tirano se lo impedía.

La tenía clavada en el espinazo.

Un espinazo que ya había empezado a crujir, amenazando con partirse si el musculoso brazo de Thong seguía tirando hacia arriba del cuello del terrestre y no retiraba su rodilla de la espalda de Konstantin.

Este poco podía hacer con sus manos, excepto intentar arrancar de su cuello el poderoso brazo de Thong, lo cual era francamente difícil.

Irina no pudo permanecer callada por más tiempo y exclamó:

—¡Hay que ayudar a Konstantin!

—¡Sí, antes de que Thong le parta la espalda! —dijo Marlene.

Gerd y Bent cambiaron una mirada.

Ambos sabían que Konstantin no le iba a gustar que interviniesen, pero estaban dispuestos a hacerlo. Tenían que sacarle de aquella peligrosa situación, no podían arriesgarse a que no pudiera librarse de Thong por sí mismo y éste le quebrara la columna vertebral.

Gerd dio un paso hacia adelante.

Bent dio otro.

Después, se quedaron parados.

¡Ya no era necesaria su intervención!

¡Konstantin se había zafado de la terrible presa que le hiciera el tirano de Doklo!

¡Estaba libre!

Lo había conseguido disparando el codo derecho hacia atrás e incrustándolo en el hígado del negro como un arpón.

Thong sintió un dolor tan espantoso, que se quedó momentáneamente sin fuerzas. Naturalmente, el bramido que lanzó hizo temblar las paredes de sus aposentos.

Konstantin, después de arrancarse el brazo del tirano del cuello, se dio la vuelta y la emprendió a golpes con él.

—¡Ahora verás, hijo de la gran...! —rugió.

—¡Que hay chicas presentes, Konstantin! —exclamó Gerd.

—¡Hijo de la gran negra! ¡Eso es lo que iba a decir!

—¡Ah, bueno! —rió Gerd.

Bent, Irina y Marlene rieron también.

El que no reía, era Thong.

Konstantin le estaba sacudiendo de firme y apenas le daba opción para defenderse. El codazo al hígado le había perjudicado mucho, y como los golpes no paraban de lloverle, no podía recuperarse.

De un feroz puñetazo, el terrestre lo hizo rodar por el suelo.

Casualmente, Thong quedó cerca del tridente.

Y no dudó en empuñarlo.

Ya no pensaba en los fusiles de los terrestres.

Sólo quería acabar con Konstantin.

Y, como ya estaba seguro de que no lo conseguiría utilizando solamente sus manos, porque sus fuerzas se hallaban muy minadas, decidió ensartarlo con su tridente.

—¡Cuidado, Konstantin! —gritó Bent.

El ruso, que en aquellos momentos se encontraba cerca de la pared

en donde colgaban algunas de las armas del tirano, empuñó la lanza, con la que esperaba defenderse mejor que con la enorme hacha o la maza de hierro con picos.

—¡Aquí te espero, cobarde! —barbotó.

—¡No, Konstantin! —dijo Gerd, yendo rápidamente hacia él.

—¿Qué te ocurre, Gerd?

—Déjamelo a mí.

—No, yo acabaré con Thong.

—Tú ya le has dado una lección con los puños. Ahora, me toca a mí.

—Pero...

—No discutas y toma mi fusil —le interrumpió Huebner, arrebatándole la lanza.

Gudonov se hizo cargo del fusil de su compañero y sonrió levemente.

—Está bien, Gerd. Suerte.

—Gracias —sonrió también el germano, y fue hacia el tirano de Doklo, con la lanza firmemente empuñada.

Thong compuso una mueca que presagiaba lo peor para el terrestre que iba a sostener aquel duelo a muerte con él, porque el tirano estaba seguro de vencer.

Manejaba el tridente mejor que nadie.

Había ensartado a muchos con él.

Gerd no dudaba de que Thong era un experto en aquel tipo de arma, lo mismo que con la maza, la lanza o el hacha, porque al fin y al cabo eran las armas que se utilizaban en su todavía atrasada civilización.

Por eso, debía andarse con cuidado.

Estar muy atento a los movimientos del negro.

Thong fue el primero en atacar.

Lo hizo repentinamente, al tiempo que lanzaba un rugido.

El tridente buscó el vientre del terrestre, pero sólo pinchó el aire, porque Gerd se desplazó velozmente hacia su derecha y esquivó limpiamente el arma del tirano.

El contraataque de Gerd fue muy rápido, también, y consiguió desgarrar el muslo izquierdo de Thong con la punta de la lanza, haciendo brotar la sangre.

El tirano dio un alarido, mitad de rabia y mitad de dolor, porque no esperaba que el terrestre le hiriera a las primeras de cambio.

—¡Perro extranjero! —ladró, y le atacó de nuevo con el tridente, buscándole ahora las piernas.

Gerd desvió el tridente con su lanza, haciendo trastabillar al negro. Y, antes de que éste pudiera evitarlo, le clavó el extremo de su lanza en el otro muslo.

Thong lanzó un nuevo alarido.

Loco de furia, porque aquello era ya demasiado, trató de clavar su tridente en el pecho del terrestre.

—¡Muere, maldito!

Gerd se dejó caer al suelo y el tridente le pasó por encima de la cabeza. Al mismo tiempo, el germano proyectó su lanza hacia el negro estómago de Thong, incrustándosela con tanta fuerza, que el extremo del arma le salió por la espalda.

El tirano de Doklo emitió un grito más propio de un animal que de un ser humano, soltó el tridente, y cayó de lado.

La sangre, muy roja, escapaba a borbotones por su estómago y por su espalda. A pesar de ello, Thong aún tuvo fuerzas para sacarse la lanza y amenazar con ella al terrestre.

Gerd le dio una patada en la mano y le obligó a soltar la lanza.

Thong no pudo cogerla de nuevo.

Cayó hacia atrás y dobló la cabeza.

Estaba tan muerto como su león.

* * *

Konstantin fue el primero en felicitar a su compañero.

—¡Bravo, Gerd!

—¡Le has dado su merecido a Thong! —dijo Irina.

— ¡Ya no causará más daño a nadie! —añadió Marlene.

—Has estado magnífico, Gerd —dijo Bent—, Y Konstantin, también.

Huebner sonrió y dijo:

—Será mejor que salgamos de aquí. Nos conviene abandonar cuanto antes el palacio de Thong.

—Del difunto Thong —corrigió Irina.

—¡Eso! —exclamó Marlene.

—En marcha —indicó Gerd.

Irina y Marlene dirigieron una última mirada a Liv Sommer.

—Adiós, Liv —musitó la primera.

—Siempre te recordaremos —prometió la segunda.

Después, siguieron a Gerd, Bent y Konstantin.

Salieron los cinco de los aposentos del tirano.

Para que Irina y Marlene pudieran defenderse, llegado el caso, Gerd y Konstantin les hablan cedido sus fusiles de rayos infrarrojos, y ellos habían empuñado sus pistolas de rayos láser.

Los cuerpos de los dos soldados que custodiaran los aposentos de Thong, eliminados por los terrestres, no habían sido descubiertos todavía, lo que facilitó la huida de los tres aventureros y las dos muchachas.

Se dirigieron rápidamente hacia la torre que Gerd, Bent y Konstantin utilizaran para entrar en el palacio del tirano. Alcanzaron la escalera de caracol sin tropezarse con ninguno de los hombres de Thong.

Tampoco los cadáveres de los dos guardianes que vigilaran aquel corredor habían sido descubiertos, por suerte para los terrestres.

Empezaron a subir los cinco la escalera.

Cuando llegaron arriba, Gerd, Bent y Konstantin se colocaron rápidamente los propulsores.

—Yo llevaré a Irina —dijo el primero, rodeando la cintura de la muchacha con su brazo izquierdo.

Ella se pegó a él y le pasó los brazos por el cuello.

—Encantada, Gerd.

—Tú vendrás conmigo, Marlene —dijo Konstantin.

—¿También se parece a tu amiga Valentina…? —preguntó Bent, con ironía.

—No.

—Entonces, vendrá conmigo.

—¿Por qué?

—Tú ya tienes a Esther, ¿no?

—Bueno, yo… —carraspeó el ruso.

Gerd rió y apremió:

—Vamos, decidiros de una vez, que no disponemos de toda la noche.

EPILOGO

Gerd, Bent y Konstantin manejaban sus respectivos propulsores.

A Marlene, por fin, la llevaba el sueco.

Konstantin no había querido discutir, porque Esther le gustaba tanto como Marlene. Si Bent prefería a la morena, para él. Y como además, parecía que a Gerd le gustaba Irina, nadie le disputaría a Esther.

Los tres tendrían pareja.

Afortunadamente, los soldados que hacían guardia en las torres bajas del palacio no les descubrieron y alcanzaron las montañas sin que se enteraran.

Las dejaron atrás y enfilaron hacia la hondonada en donde permanecía posada la *Sytrom-CX*. Poco después, se hallaban los cinco a bordo, sanos y salvos.

Esther lloró de alegría cuando vio entrar en el camarote a Irina y Marlene. Y de pena, cuando supo lo que le había ocurrido a Liv.

Mientras las tres hablaban, Gerd, Bent y Konstantin se ocuparon de hacer despegar la nave y alejarse rápidamente de Doklo, un planeta al que no pensaban volver jamás.

Después, Bent se ocupó de atender los latigazos que recibiera Marlene. Lo hizo en su camarote. Y, para curarla mejor, le había pedido a la morena que se despojara de la desgarrada túnica.

Ella se la quitó sin rechistar.

—Dormirás aquí, Marlene —dijo el sueco.

—¿Contigo, Bent?

—Me encantaría, te lo confieso.

—A mí también —sonrió la morena, y le besó.

Poco después, hacían el amor.

A pesar de los latigazos.

Gerd e Irina también hicieron el amor aquella noche, en el camarote del germano, porque ambos lo deseaban.

Konstantin, en cambio, no pudo hacer el amor con Esther, porque ésta aún no se hallaba en condiciones.

Pero lo estuvo en un par de días.

Konstantin supo esperar.

Y valió la pena, porque Esther le hizo gozar como nunca había gozado con una mujer.

Algo parecido le había ocurrido a Bent con Marlene.

Y a Gerd con Irina.

Por ello, los tres aventureros propusieron a las tres chicas que les acompañasen en sus futuras aventuras, porque no querían separarse de ellas.

Y no se separarían, porque Irina, Marlene y Esther aceptaron sin dudar.

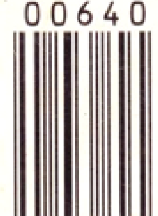
F I N

PUNTO ROJO
intriga...
ROJO
misterio...
ROJO
suspense...
ROJO
acción...
ROJO

PUNTO
ROJO

ISBN 84-02-02525-0





EDITORIAL
BRUGUERA, S. A

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en Españ